



Número 208
Noviembre 2020

HERALDO DEL EVANGELIO DE LA VIRGEN MARÍA

*Tesorera
de las gracias de Dios*

Tú eres la vida de mi alma

Tú eres la vida de mi alma. Esté siempre unido contigo el amoroso afecto de mi corazón, mediante la fuerza del amor divino que todo lo derrite y penetra.

En todo lo que sin ti intentare, quede sin vida.
Porque Tú eres la variedad esplendorosa de todos los colores, la dulzura de todos los sabores, la deliciosa consonancia de todos los sonidos y el deleite suavísimo de los íntimos y estrechos abrazos con que se unen los que te aman.

¡En ti está el deleite sabroso! ¡De ti mana la abundancia copiosa! ¡Por ti es suavemente seducido el corazón y tiernamente influenciado el afecto!

Tú eres el abismo desbordante de la divinidad.
¡Oh dignísimo Rey de los reyes, Emperador excelentísimo, Príncipe ilustrísimo, Señor benignísimo, Defensor poderosísimo!

Tú eres perla viva que da vida a la humana nobleza. Artífice dignísimo, Maestro doctísimo, Consejero sapientísimo, Auxilio benignísimo y Amigo fidelísimo.

Tú eres unión de íntima suavidad y deleite, Caricia de infinita delicadeza, Amor de infinito ardor, Esposo dulcísimo, Celsador castísimo. Tú eres fresca flor de toda gracia y hermosura.

¡Oh Hermano amabilísimo, Mancebo bellísimo, Compañero agradabilísimo, Huésped liberalísimo,



Santa Gertrudis de Helfta - Monasterio de Santa María de San Salvador, Cañas (España)

Francisco Lecaros

Administrador cuidadosísimo! Yo te quiero más que a todas las criaturas. Por ti renuncio a todo deleite, por ti recibo de buena gana toda adversidad y en todo busco sólo tu alabanza. Siento en el corazón y proclamo con la lengua que Tú eres la vida de todas estas cosas y de todos los bienes.

En virtud de tu fervoroso amor, uno la intención de mi devoción a la eficacia de tu oración. Para que, por la integridad de esta divina unión, sea yo llevada a la cumbre de la suma perfección, donde desaparece todo impulso rebelde.

Santa Gertrudis de Helfta,
«Legatus Divinæ Pietatis», L. III, c. 66

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XVIII, número 208, Noviembre 2020

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		Santa Hilda de Whitby – Madre y maestra de los ingleses	30
La sinfonía de Dios y nuestra única esperanza (Editorial)	5		Consagrada al servicio del Templo	34
	6		La voz de los Papas – Una ola saludable que penetra en el Purgatorio	
	8		Comentario al Evangelio – Cristo Rey y el Secreto de María	36
	14		Una nueva pandemia: la intolerancia de los «tolerantes»	
	16		Reina, Madre y Abogada de los pecadores	
	19		«Nadie se hace grande de repente»	46
	22		¿Cuándo «inventó» el hombre a Dios?	
	26		Una puerta del Cielo se abrió para el mundo	48
	50		La corona de la Virgen noble	



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

LOS HOMBRES PROVIDENCIALES MUEVEN POR SUS EJEMPLOS

Hace tiempo que deseaba escribirles, pero las incomodidades, y no pocos sufrimientos que nos ha traído esta pandemia, me impedían hacerlo. Durante toda esta temporada de cuarentenas pude detenerme para reflexionar sobre muchos aspectos, a los cuales los involucro.

Soy historiador, y esta situación vivida hoy por toda la humanidad se asemeja a otras anteriores, pero con una gran intervención de lo sobrenatural. En otras épocas, en que la humanidad fue sacudida por terribles pestes, cataclismos o guerras, aparecían verdaderos misioneros católicos por todo lado; esta vez, sólo he visto a los Heraldos del Evangelio —en cuanto bloque mayoritario de la Iglesia—, asistiendo en todos los modos posibles a los desamparados, pobres y enfermos; y esto merece mi gran admiración y mi agradecimiento: ¡Dios está con ustedes!

Su revista ha sido mi bendito «maná» frente al desamparo u orfandad sacramental en que nos dejó el clero local. Sí, pero no quiero decir con esto que me contentaba o reemplazaba la Misa o la comunión sacramental.

Los artículos de Mons. Joao S. Clá, así como los del Dr. Plinio, son una verdadera alimentación espiritual. Me tocó profundamente el artículo *Devoción suprema*, de la edición de mayo-julio de este año, en que nuestro venerable Dr. Plinio nos confidencia de qué manera era su santa convivencia con el Santísimo Sacramento: «Yo estoy aquí y, por lo tanto, no temas nada, porque todo tiene arreglo. Yo soy Rey y lo puedo todo, quiero todo lo que sea para tu bien; y todo lo soluciono siempre y cuando confíes en mí». Pensa-

miento sublime y magnífico que me movió a un nivel de amor extraordinario al Santísimo Sacramento.

Por supuesto que este pensamiento, frente al desamparo sacramental, me arrancó lágrimas. Sin embargo, ahora que tengo la libertad de ir a Misa todos los días e incluso a las adoraciones al Santísimo, me ha ayudado a crecer espiritualmente; ¡a tener confianza! Con esto me queda claro que los hombres providenciales mueven por sus ejemplos.

*Julio Adolfo Pavez Cordero
Cochabamba – Bolivia*

ENSEÑARLES A LOS HIJOS LA IMPORTANCIA DE LA INOCENCIA

El secreto del heroísmo fue el cuento que le encantó a mi hijo en la edición del pasado mes de septiembre. Ando buscando formas con las que explicarle qué es ser un verdadero héroe. En medio a un mar de cuentos ruines, que llevan a nuestros niños a perder la inocencia cada vez más temprano, me encuentro con esa bellísima historia del pequeño Jonás. Con ella pudimos enseñarle también la importancia de mantener la inocencia y la pureza, pues así nuestros ángeles estarán siempre a nuestro lado, ayudándonos a ser héroes.

*Vanessa Zaghi
Vía revistacatólica.com.br*

SOBRE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Al leer el comentario del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira sobre la Natividad de la Santísima Virgen, en la edición del pasado mes de septiembre, percibo con claridad las palabras de un profeta guíandonos, al decir que cuando Nuestra Señora vino al mundo, éste estaba inmerso en el pecado —tal y como lo estamos en los días de hoy—, y vino para aplastar a Satanás y sus obras, mostrando claramente su papel de Corredentora de la humanidad.

En ese sentido, el Dr. Plinio nos deja muy claro que la venida del Reino de María será como un nacimiento de la Virgen en nuestras almas, destruyendo todo el mal que impera en nuestros días, para que su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, reine en el mundo. Y para que eso suceda, sus hijos deben pedir la gracia de poseer fe y confianza inquebrantables, y el espíritu de combatividad para luchar por la verdadera Iglesia Católica Apostólica Romana, la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo, su Cuerpo Místico, del cual Nuestra Señora es Madre y Reina.

*Ciro Alexandre Madrucci
Vía revistacatólica.com.br*

MAIOR QUE CUALQUIERA DE LOS DEMONIOS DEL INFIERNO

Me gustaría felicitarles por la excelente presentación de su revista y especialmente por sus artículos. E igualmente desearía comentar un artículo del Dr. Plinio, de la contracubierta de la edición de septiembre, en que nos recuerda la actuación del arcaángel San Miguel en la lucha contra los demonios.

El arcaángel San Miguel, el ángel de la guarda de nuestra Iglesia, es inmensamente mayor que cualquiera de los demonios del Infierno y, por eso, nuestra confianza en él hace que tengamos fe de que nos irá a ayudar. Al ser nuestro intercesor en los conflictos, le lleva nuestras peticiones de tregua al ángel de la guarda de nuestros semejantes, eliminando las dificultades de entendimiento y aumentando nuestra paz. Nos auxilia en el combate contra los malos y nos lleva a abandonar el pecado, pues sabemos que cuando pecamos él se aparta de nosotros, pero con la confesión y el arrepentimiento, garantizamos su presencia junto a nosotros.

*Sergio A. Mazíviero
Caieiras – Brasil*

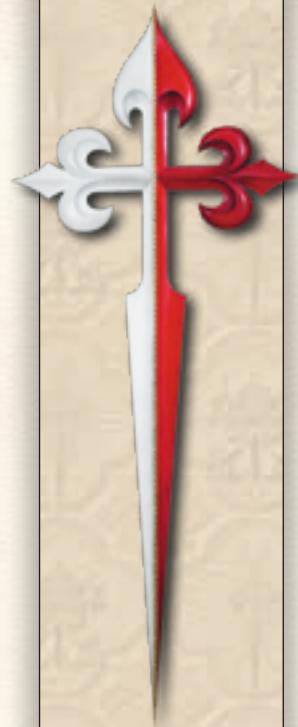


Imagen que representa una de las apariciones de la Virgen a Santa Catalina Labouré - Santuario de la Medalla Milagrosa, París

Foto: Gustavo Kralj

LA SINFONÍA DE DIOS Y NUESTRA ÚNICA ESPERANZA

La obra de la Creación se asemeja a una sinfonía: unitaria y armónica, pero diversa en ritmos y movimientos. A veces la humanidad parece inmersa en un melancólico adagio; otras, en apacibles andantes. Al contemplar esa divina pieza musical, el hombre se pone ante la expectativa de un majestuoso desenlace. ¿Cómo terminará la melodía? ¿Qué ocurrirá mañana?...

Sin duda, 2020 tiende a convertirse en el año más atípico del milenio. Los medios-cres discernirán en él únicamente irracionales cacofonías; los timoratos, elegías fúnebres; los insensatos serán engañados por cantos de sirenas... No obstante, si consultamos a los maestros —es decir, a los hombres providenciales—, ¿qué nos dirán?

Analicemos las «partituras» de la Historia. ¡En el Diluvio no fue imperioso que el firmamento llorara días y días para la purificación universal? ¡No fue necesaria la interminable monotonía del desierto para que los israelitas finalmente entraran en la tierra prometida? ¡No fue, en fin, cuando en la plenitud del tiempo (cf. Gál 4, 4) el Verbo de Dios se encarnó? ¡No será, pues, que este año amodorado, de acordes disonantes, ya prefigura un *gran finale*? Desconocemos los designios de la Providencia, pero sabemos que la esperanza es la clave para nuestros días.

San Pablo enseña que la esperanza no defrauda (cf. Rom 5, 5). De hecho, por ella humildes pescadores se aventuraron en el oficio de proclamar el Evangelio a toda la Creación (cf. Mc 16, 15), misioneros se internaron en selvas sombrías para revelar el Sol de Justicia, intrépidos héroes singularon mares nunca antes navegados para desplegar el estandarte de la cruz en todo el orbe. ¡Dios supera nuestras esperanzas!

La antigua serpiente continúa, sin embargo, tendiendo celadas al calcañar de la Virgen. ¡Satanás odia la esperanza! Por eso echa mano de su veneno para obliterar las gracias de Dios y arrastrar a la humanidad al pozo de la desesperación: el Infierno, eterno confinamiento de las almas...

Sibilinamente, el enemigo actúa en las tendencias, revolucionando costumbres para amortiguar las consecuencias. Actúa en las ideas, haciendo creer, por ejemplo, que la higienización está por encima de la santificación o que nuestros valores más sagrados, como la familia, pueden ser simplemente «remodelados». Actúa en los hechos, declarando guerras sin tregua a los hijos de la luz. En esa lid, su mayor triunfo consiste en conquistar traiciones, sobre todo de los llamados a ser la sal de la tierra y la luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14), de los que, haciéndose amigos de este mundo, se constituyen ien enemigos de Dios (cf. Sant 4, 4)!

¿Qué nos queda por hacer? ¡Desanimarse? ¡Nunca! Por el contrario, la tribulación engendra perseverancia, de la cual nace la virtud probada, que florece en la esperanza (cf. Rom 5, 4), semilla de la felicidad eterna. Sólo en el Juicio final conoceremos cuántos rosarios necesitaron ser desgranados, cuántas voluntades sacrificadas, cuántos heroismos de puro amor practicados para conquistar el puerto tan anhelado...

¡Qué camino elegiremos? Nuestra única opción consiste en escoger «la parte mejor» (Lc 10, 42). Si amar es darlo todo, esperar es anhelarlo todo: lo inimaginable, lo más alto, la sublime sinfonía que une los cánticos de la tierra a los del Cielo. ¡Y eso jamás nos será quitado! ✡



Una ola saludable que penetra en el Purgatorio

El día de la solemne conmemoración de todos los fieles difuntos, sea lícito a los sacerdotes celebrar tres Misas, para que muchos de nuestros hermanos que sufren en el Purgatorio puedan asociarse felizmente en ese día a los celestiales bienaventurados de la Iglesia triunfante.

Fl sacrifício incruento del altar, que por su naturaleza en nada difiere del sacrificio de la cruz, no sólo es causa de gloria para los habitantes del Cielo y sirve como remedio de salvación a los que aún se encuentran en las miserias de esta vida, sino que también es muy válido para el rescate de las almas de los fieles que descansan en Cristo.

El pueblo cristiano jamás ha faltado a su empeño en sufragio de los difuntos

Es esta una perpetua y constante doctrina de la Santa Iglesia. Los vestigios y los argumentos de esa doctrina —que en el curso de los siglos ha traído grandísimo consuelo a todos los cristianos y que ha suscitado en las mejores personas una profunda admiración por la infinita caridad de Cristo— se pueden hallar en las liturgias más antiguas de la Iglesia latina y de la Iglesia oriental, en los escritos de los Santos Padres y, en fin, están claramente expresados en muchos decretos de los antiguos sínodos.

El concilio ecuménico tridentino, con una particular solemne definición, propuso lo mismo a nues-

tra fe cuando enseñó que «las almas retenidas en el Purgatorio son ayudadas por los sufragios de los fieles, especialmente con el sacrificio del altar, agradable a Dios» y castigó con la excomunión a quienes afirmaran que el Sagrado Sacrificio no ha de ofrecerse «por los vivos y por los difuntos, [en reparación] por los pecados, [en compensación] por las penas, por las satisfacciones y por otras necesidades».

En realidad, la piadosa Madre Iglesia nunca ha seguido un comportamiento distinto de esa enseñanza; en ningún momento ha dejado de exhortar intensamente a los fieles a que no permitan que las almas de los difuntos vengan a ser privadas de los auxilios espirituales que fluyen a raudales del sacrificio de la Misa. Y en este punto debemos alabar al pueblo cristiano que jamás ha faltado al amor y al empeño en sufragio de los difuntos.

La historia de la Iglesia atestigua que, cuando las virtudes de la fe y de la caridad santificaron a las almas, los reyes y los pueblos se emplearon más activamente allí donde se extendía el nombre católico, para obtener la purificación de las almas del Purgatorio.

Un antiguo privilegio que se extiende al mundo entero

La piedad cada vez más ardiente de nuestros antepasados hizo que, muchos siglos atrás, en el reino de Aragón, por una costumbre surgida poco a poco, el día de la solemne conmemoración de todos los difuntos los sacerdotes seculares celebraran dos Misas y los sacerdotes regulares, tres.

Nuestro Predecesor de inmortal memoria Benedicto XIV confirmó este privilegio no sólo por justas razones, sino también a petición de Fernando VI, católico rey de España, y de Juan V, rey de Portugal. Por lo tanto, con la Carta Apostólica del 26 de agosto de 1748 determinó que a cualquier sacerdote de las regiones sometidas a esos dos reyes le fuera dada la facultad de celebrar tres Misas el día de la solemne conmemoración de los difuntos.

Con el paso del tiempo, muchas personas, tanto obispos como ciudadanos de todas las categorías, enviaron a la Sede Apostólica reiteradas súplicas para que ese privilegio se pudiera extender al mundo entero; e idéntica concesión fue requerida insistenteamente a Nuestros Predecesores y a Nos también al inicio de Nuestro Pontificado. [...]



«Exhortamos a todos los hijos de la Iglesia a que ejerzan en ese día con suma fe las sagradas funciones»

Beneficio de la Misa para las Iglesias militante y purgante - Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Montevideo

La misericordia nos commueve hoy en gran medida

Nos, por consiguiente, después de haber nuevamente incitado la conciencia de los que en esta materia faltan a su deber de caridad hacia las almas de los difuntos —por las cuales, desde la infancia, hemos nutrido un gran aprecio— somos fuertemente impelidos, en la medida que éste en Nuestro poder, a reparar de algún modo el sufragio que, con grave perjuicio, les ha faltado a las almas.

La misericordia Nos commueve hoy en gran medida cuando, a causa de los fuegos luctuosísimos de la guerra encendidos en casi toda Europa, tenemos delante de Nuestros ojos a tanta juventud que en la flor de la vida muere prematuramente en la batalla. Si bien que la piedad de sus familiares para sufragar sus almas no les faltare, ¿acaso será esta suficiente para satisfacer sus necesidades?

Desde que, por voluntad divina, Nos hemos convertido en el Padre común de todos, deseamos con paternal dadiviosidad hacer que esos queridísimos y amadísimos hijos, arrebatabdos de la vida, participen del tesoro de los méritos infinitos de Jesucristo.

Por lo tanto, invocada la luz de la Sabiduría celestial, tras consultar a algunos cardenales de la Santa Romana Iglesia, miembros de la Congregación para la Disciplina de los Sacramentos y de la Sagrada Congregación de Ritos, establecimos a perpetuidad lo siguiente:

1. El día de la solemne conmemoración de todos los fieles difuntos, en toda la Iglesia sea lícito a los sacerdotes celebrar tres Misas, con la condición de que: una de ellas se aplique a libre elección, con posibilidad de recibir la oferta; la segunda Misa, sin ninguna oferta, se dedique a todos los fieles difuntos; la tercera que se celebre según la intención del Sumo Pontífice, como hemos especificado antes.

2. Confirmamos con Nuestra autoridad, en la medida en que sea necesario, lo que Nuestro Predecesor Clemente XIII concedió con la Carta del 19 de mayo de 1791, es decir, que todos los altares el día de la solemne conmemoración sean privilegiados. [...]

Debemos rezar por nuestros hermanos que sufren

Por lo demás, estamos seguros de que todos los sacerdotes católicos,

si bien que el día de la solemne conmemoración de los fieles difuntos no puedan más que celebrar una sola Misa, querrán de buena gana y con celo hacer uso del importante privilegio que le hemos concedido.

Exhortamos encarecidamente a todos los hijos de la Iglesia a que, conscientes de las numerosas obligaciones que tienen para con nuestros hermanos que sufren en el Purgatorio, ejerzan en ese día con suma fe las sagradas funciones. Así, en el futuro, gracias a una gran ola saludable que penetra en el Purgatorio de tantos benéficos sufragios, muchísimas almas de difuntos puedan asociarse felizmente a los celestiales bienaventurados de la Iglesia triunfante.

Decretamos que cuanto hemos establecido con esta Carta Apostólica, respecto a las Misas que no volverán a repetirse, sea válido y constante a perpetuidad, a pesar de cualquier ley emitida en el pasado por Nuestros Predecesores. ♦

*Fragments de: BENEDICTO XV.
Bula «Incruentum Altaris»,
10/8/1915. Traducción:
Heraldos del Evangelio.*

EVANGELIO

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ³¹ «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él, se sentará en el trono de su gloria ³² y serán reunidas ante Él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. ³³ Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. ³⁴ Entonces dirá el Rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, ³⁶ estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”.

³⁷ Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ³⁸ ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ³⁹ ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. ⁴⁰ Y el Rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”.

⁴¹ Entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, ⁴³ fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”.



Cristo Rey - Iglesia de Santo Domingo,
Cuenca (Ecuador)

Juan Carlos Villagómez

⁴⁴ Entonces también estos contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?”.

⁴⁵ Él les replicará: “En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo”. ⁴⁶ Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna» (Mt 25, 31-46).

Cristo Rey y el Secreto de María

La Santísima Trinidad guarda un extraordinario Secreto, cuya revelación manifestará al mundo la máxima realeza de Cristo en esta tierra. ¡Felices y mil veces felices las almas a las cuales el Espíritu Santo lo dé a conocer!



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – ¡REY VERDADERO!

Al final de cada ciclo litúrgico la Iglesia celebra la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, una de las fiestas más bellas de su calendario. Torrentes de gracias nos son concedidas en esa conmemoración, compenetrándonos de nuestra nobleza en cuanto hijos de Dios por el Bautismo: «Levanta del polvo al desvalido [...] para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo» (Sal 112, 7-8). Todos nosotros, nacidos en la basura del pecado original, somos elevados a la categoría de príncipes por la gracia, pues la sangre del propio Rey se derrama en nuestro favor convirtiéndonos en hermanos tuyos, miembros de la familia divina.

Nos commueve pensar que el Hijo unigénito del Padre, rey desde toda la eternidad por naturaleza divina, también en la Encarnación se hiciera rey en cuanto hombre, descendiendo desde los espacios siderales en busca de su rebaño y cuidar de él (cf. Ez 34, 11), situación ésta que retrata la emotiva profecía de Ezequiel recogida en

la primera lectura. Una simbólica imagen del extraordinario celo del Buen Pastor para con las almas, hablándole a la conciencia de los que caen en el lodo del pecado, moviéndolos al arrepentimiento y llevándolos sobre sus hombros de vuelta al redil. El salmo responsorial retoma esa figura y la sublima: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Sal 22, 1).

A Nuestro Señor le corresponde asimismo el título de rey por derecho de conquista porque, al redimir a la humanidad por la Pasión y Muerte en la cruz, la liberó del yugo del demonio que la esclavizaba desde la falta de Adán. Y, por su Resurrección gloriosa, triunfó sobre la muerte, «el último enemigo en ser destruido» (1 Cor 15, 26), como afirma San Pablo en la segunda lectura. El Redentor es, por tanto, rey de todos los hombres, incluso de los que lo rechazan y se precipitan en el Infierno. Aunque éstos no tengan a Cristo como cabeza, al no pertenecer a su Cuerpo Místico, Él los juzgará en el fin del mundo.



Después del Juicio, «cuando le haya sometido todo, entonces también el mismo Hijo se someterá al que se lo había sometido todo. Así Dios será todo en todos» (1 Cor 15, 28), prosigue el Apóstol. En ese momento de plenitud de su realeza, Jesús, Hijo fidelísimo, habiendo extirpado el dominio de Satanás en el universo, le dirá al Padre: «He aquí el poder que conquisté. Os lo entrego, y pongo nuevamente en vuestras manos la obra de la Creación restaurada».

Este maravilloso panorama teológico se completa con las palabras de Nuestro Señor en el Evangelio, las cuales describen de manera detallada y abarcadora el gran acontecimiento que encerrará la Historia y separará definitivamente a los buenos de los malos.

*«He aquí el
poder que
conquisté.
Os lo entrego,
y pongo
nuevamente
en vuestras
manos la obra
de la Creación
restaurada»*

II – HIJOS DE DIOS, HERMANOS DEL REY

El capítulo 25 de San Mateo abre con la parábola de las diez vírgenes, cuyo punto principal es la llegada del esposo «a medianoche» (Mt 25, 6). A continuación, viene la parábola de los talentos, en que un hombre vuelve de viaje «al cabo de mucho tiempo» (Mt 25, 19) de su partida y pide ajustar cuentas con sus siervos de los bienes que les había confiado. En ambas narraciones el divino Maestro recuerda el premio y el castigo reservados a cada uno, conforme esté o no preparado para la venida del Señor.

En los versículos siguientes, seleccionados para la liturgia de hoy, Jesús revela claramente la realización de un juicio universal, en el cual Él mismo será juez plenipotenciario. Se trata de una importantísima verdad de nuestra fe, consignada por la Santa Iglesia en uno de los artículos del Credo.

El trono glorioso de Cristo en la tierra

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:³¹ «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con Él, se sentará en el trono de su gloria^{32a} y serán reunidas ante Él todas las naciones».

Desde la Ascensión, Jesús «está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos» (Heb 8, 1). El «trono de gloria» en el que se instalará al bajar nuevamente a la tierra simboliza, por tanto, que en ese acto solemne la Creación

entera, del más minúsculo mineral hasta el más elevado ángel, rendirá homenaje a su Artífice, Redentor y Rey.

Al encontrarse con el Hombre Dios en la máxima refulgencia de su grandeza, los condenados se llenarán de pavor, mientras que los bienaventurados lo contemplarán encantados. Si los Apóstoles se quedaron maravillados en la Transfiguración, cuando vieron su rostro brillar como el sol y sus vestidos resplandecieron de blancura (cf. Mt 17, 2), ¿cuál no será la estupefacción de la inmensa asamblea formada por «todas las naciones» de cara al extraordinario destello de la realeza de Cristo?

Presencia que dividirá la humanidad

^{32b} «Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras.

³³ Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda».

No debemos imaginarnos que Nuestro Señor se dirigirá a cada uno de los presentes para indicar quién ocupará la derecha o la izquierda, pues semejante actitud no le compete a un soberano. Su presencia será tal que las ovejas se aglutinarán a su diestra y las cabras en el lado opuesto, sin posibilidad de que sea organizada una categoría intermedia entre los dos extremos.

Justos y réprobos habrán retomado sus cuerpos, pero con características muy diferentes. Los cuerpos de los primeros, bellos, ágiles y diáfanos, reflejarán el gozo del alma fijada en la visión de Dios; los de los segundos, marcados por la desgracia eterna, exhalarán un olor repugnante y se contorsionarán de odio y envidia, constituyendo con los demonios un espectáculo hediondo.

El Reino de los Cielos, herencia de los justos

³⁴ «Entonces dirá el Rey a los de su derecha: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.

³⁵ Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis,³⁶ estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme».



Cristo Pantocrátor, por Giotto di Bondone
Capilla degli Scrovegni, Padua (Italia)

El Rey inicia sus palabras afirmando que se ha realizado en los justos el designio del Padre al crear el mundo, es decir, que los seres inteligentes, ángeles y hombres, participan de su propia felicidad y reciben como herencia el Reino de los Cielos.

A continuación, enumera una serie de circunstancias de la vida en las que la aflicción se establece y se hace necesario el auxilio de alguien, centrando el juicio en un punto de máxima importancia: la bondad, virtud por la cual consideramos las criaturas como pertenecientes a Dios y de ellas cuidamos por amor a quien las hizo.

Tal postura abarca incluso el trato con los seres inanimados; no obstante, lo mejor de nuestro celo debe concentrarse en nuestros hermanos. Quien se preocupa más con los demás que consigo mismo, empeñándose en que se sientan bien y tengan condiciones para practicar la virtud, en el último día oirá el saludo de Nuestro Señor: «Venid vosotros, benditos de mi Padre».

Misterio del amor divino

³⁷ «Entonces los justos le contestarán: «Señor, ¿cuándo te vimos con ham-

bre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ³⁸ ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ³⁹ ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el Rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, contigo lo hicisteis”».

Con la descripción de la reacción de los justos, atónitos al verse premiados por acciones de las cuales no guardaban recuerdo, Nuestro Señor indica que ni siquiera en el día del Juicio los buenos comprenderán el misterio del amor de Dios, pródigo en recompensar el mínimo gesto de bienquerencia dispensado a aquellos que le pertenecen. El Rey los llama «hermanos», pues por la gracia son hijos de Dios, como se ha mencionado al principio de este artículo. Así dice San Juan en su primera epístola: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ilo somos!» (3, 1).

Además, en el Calvario Jesús nos introdujo en la filiación de María Santísima. Al contem-

*Al encontrarse
con el Hombre
Dios en la
máxima
refulgencia de
su grandeza,
los condenados
se llenarán
de pavor*



Por poseer la misma Madre, Cristo nutre por nosotros un aprecio muy superior al existente entre los miembros de una familia natural

plarla al pie de la cruz y junto a Ella al discípulo amado les dijo: «Madre, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu Madre» (cf. Jn 19, 26-27). Somos hermanos de Cristo Rey también por poseer la misma Madre y, en virtud de ese vínculo, Él nutre por nosotros un aprecio muy superior al existente entre los miembros de una familia natural.

Quien vive en función de esa fraternidad sobrenatural, siendo generoso, paciente y lleno de bondad en las relaciones con los demás, demuestra ser verdadero hijo de Dios y, por tanto, apto a recibir la herencia del Padre. Él, que todo lo ve, considera cada gesto de caridad y modestia hecho al prójimo como un testimonio: «Acepto a Nuestro Señor Jesucristo como mi hermano; quiero pertenecer eternamente a su familia».

La antítesis del amor a Dios

⁴¹ «Entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, ⁴³ fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”».

Las faltas enumeradas por Nuestro Señor se pueden sintetizar en un único defecto, opuesto al amor a Dios: el egoísmo, por el cual el hombre se cierra al auxilio sobrenatural y menosprecia a sus semejantes, procurando bastarse a sí mismo.

Al pedir en la oración fuerzas para no ceder a las tentaciones, conviene tener presente esa mala inclinación, que con frecuencia pasa desapercibida en un examen de conciencia menos atento, sobre todo cuando se trata de la omisión del bien que debería ser hecho.

⁴⁴ «Entonces también estos contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?”».

⁴⁵ Él les replicará: “En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis con-

migo”. ⁴⁶ Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna».

Aturdidos, los réprobos plantearán preguntas análogas a las de los bienaventurados, no por deseo de disculparse, sino por una reacción propia a los que se endurecen en el egoísmo: sólo les importa la existencia de los otros cuando se sienten molestados por ellos. ¡Cuántos no se asustarán en la hora del Juicio, al experimentar las consecuencias del bien o del mal hechos al prójimo, no sólo en situaciones de dificultad material, sino también en las ocasiones en las que hay necesidad espiritual y se rechaza un consejo, un amparo, una oración!

Cabe señalar que en esa censura el divino Juez no emplea el término «hermanos» sino «los más pequeños», es decir, los inocentes, a fin de destacar la obligación de interesarnos por aquellos que, sin culpa, aún no forman parte de su familia sobrenatural, para conducirlos a ella por el Bautismo.

Igualmente hay que subrayar que entre las intenciones de Nuestro Señor sobre el Juicio final está la de prepararnos para ese día, en el cual Él se nos presentará en la persona de cada uno de aquellos que convivieron con nosotros en la tierra. Si tomamos con seriedad el Evangelio de hoy empezaremos a considerar a los otros con elevación y respeto, y no nos será difícil servirlos, pues en ellos veremos al propio Jesucristo. La clave de nuestras relaciones fraternas debe ser la honra que prestamos al Santísimo Sacramento cuando estamos en su presencia, porque Dios habita el alma de todo bautizado que se conserva en gracia.

III – EL SECRETO DE LA REALEZA DE CRISTO

Repleta de principios y revelaciones magníficas, la liturgia de esta solemnidad nos lleva a contemplar el desvelo de la Providencia por la humanidad a lo largo de la Historia. Al ver el estado de miseria en que se encontraban los descendientes de Adán, el Hijo unigénito se encarnó y por sus sufrimientos y muerte en la cruz se convirtió efectivamente en Rey. Sin embargo, habiendo gran parte de los hombres rechazado su sangre preciosísima, la situación actual del mundo es mucho más grave que la de entonces.

Ahora bien, desde toda la eternidad el Altísimo vio la ingratitud de sus hijos y conoció a fondo la debilidad de las generaciones que se sucederían, pero no por eso disminuyó las muestras de su amor. Por lo tanto, la propia Encarnación y Redención nos permiten esperar que una vez más Él intervendrá, y con mayor eficacia aún.

Surge, no obstante, una inevitable pregunta: ¿qué otra solución habrá después de haberse hecho carne el Verbo divino y habitar entre nosotros?

La Santísima Trinidad guarda un extraordinario Secreto, cuya revelación manifestará al mundo la máxima realeza de Nuestro Señor en esta tierra, como prenuncio de la gloria que Él tendrá en el Juicio universal. Se trata del Secreto de Cristo Rey o Secreto de María, conforme discernió San Luis Grignion de Montfort:

«¡Feliz y mil veces feliz es el alma, aquí abajo, a la cual el Espíritu Santo le revela el Secreto de María para conocerlo; y a la cual le abre este jardín cerrado para que pueda entrar en él y esta fuente sellada para que de ella pueda sorber y beber a grandes tragos el agua viva de la gracia! Esta alma no encontrará más que a Dios, sin criatura, en esta admirable criatura; pero un Dios al mismo tiempo infinitamente santo y elevado, infinitamente condescendiente y proporcionado a su flaqueza. Puesto que Dios está en todas partes, se le puede encontrar en cualquier parte, incluso en el Infierno; no obstante, en ningún sitio puede criatura alguna encontrarlo tan cercano a sí y tan al alcance de la debilidad humana como en María, porque para esto bajó Ella!».¹

Si la humanidad nunca ha alcanzado los extremos de debilidad y miseria a la que ha llegado en nuestros días, la misericordia que Dios le reserva es incalculable, impensable por los ángeles y menos aún por los hombres. Esa clemencia divina descenderá sobre las almas a través de Nuestra Señora con superabundancia y eficacia inéditas, inaugurando una nueva fase histórica, en la



Gustavo Kralj

La Coronación de la Santísima Virgen
Basilica de Santa María la Mayor, Roma

que el Reino de Cristo se establecerá en el mundo por medio del Sapiencial e Inmaculado Corazón de María.

La Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, instituida por el Papa Pío XI hace casi un siglo, sólo será verdaderamente comprendida en esa era marial venidera. Pidamos, sin embargo, que reine ya mismo en nuestros corazones, manteniendo encendida la certeza de su intervención en la Historia, la cual marcará el futuro y la eternidad con el grito triunfante de Cristo Rey: «¡Confianza, yo vencí al mundo! ¡Confianza, yo fundé el Reino de María, mi Madre!». ♦

«¡Feliz y mil veces feliz es el alma, aquí abajo, a la cual el Espíritu Santo le revela el Secreto de María!»

¹ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT.
Le Secret de Marie, n.º 20. In: *Oeuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1988, p. 450.

Una nueva pandemia: la intolerancia de los «tolerantes»

¿Han cambiado los tiempos? ¿Se alteró la actitud de los enemigos de Cristo y de su Iglesia? ¿Se cumple la previsión del mensaje de Fátima de que vendrán «persecuciones contra la Iglesia»?



P. Fernando Néstor Gioia, EP

«Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Jn 15, 20), les decía Jesús a sus discípulos. No es de extrañar, pues, que crezcan en distintas partes del mundo los crímenes de odio anticristiano.

Una pandemia revolucionaria anticristiana

El Gobierno de China sigue eliminando los símbolos de nuestra santa religión. Sólo en la provincia de Anhui más de 500 cruces han sido retiradas del exterior de las iglesias en los últimos meses. Es la continuación de un dispositivo, que se ha vuelto más radical a partir de 2018, en el que se alega una supuesta «violación de las leyes de planificación».

En Francia —tierra de la «libertad, igualdad y fraternidad»—, según datos de la Conferencia Episcopal, de enero a marzo de 2019 tuvieron lugar 228 actos violentos anticristianos.

En abril de ese año presenciamos con profundo dolor el incendio de la catedral de Notre Dame, todavía sin esclarecer. Quince meses después el fuego destruía el majestuoso órgano de 5500 tubos de la catedral de Nantes. Dos diputados afirmaron en una entrevista que en Francia se registran

tres actos vandálicos diarios contra la Iglesia. Y no solamente en la nación francesa: en toda Europa crece el número de atentados; en la India se ha verificado un aumento del 40% en el primer semestre de este año.

Otra singularidad de ese odio anticristiano la hemos visto en las protestas que ocurrieron en distintos países, como Chile, México o Argentina, en donde los manifestantes, al mismo tiempo que gritaban la revolucionaria frase del escritor anarquista ruso Piotr Kropotkin: «la única iglesia que ilumina es la que arde», destrozaban crucifijos, decapitaban imágenes de la Virgen María, hacían pintadas antirreligiosas en el exterior de los templos.

En Estados Unidos, modelo de respeto democrático, vandalizaron en la Misión de San Gabriel, de California, la estatua de su fundador: el misionero San Junípero Serra, fraile franciscano protector de los indios. Él fue quien bautizó las grandes ciudades de la región con los nombres de Los Ángeles, San Diego, San Francisco. Igualmente causaron estragos en varias iglesias.

Recientemente, manos criminales aún no identificadas calcinaron en la catedral de Managua, Nicaragua,

la imagen de la Sangre de Cristo, de 382 años de antigüedad. El arzobispo metropolitano, el cardenal Leopoldo Brenes lo calificó de «un acto de sacrilegio totalmente condenable» asegurando que «esto estaba planificado».

Días antes había sido profanada una capilla en el municipio de Nindirí, también del mismo país. Demostmando una especial saña anticatólica, los profanadores robaron la custodia del Santísimo Sacramento y el copón, esparcieron las hostias por el suelo y las pisotearon, destruyeron imágenes, bancos y otras piezas del mobiliario.

¿Se cumple la previsión del mensaje de Fátima?

Extremismos ideológicos, motines anarquistas, fanatismos religiosos y toda clase de violencia estallaron en diversos países y variadas situaciones, pero con una característica común: el odio contra la Santa Iglesia Católica. La intolerancia de los «tolerantes» produjo una verdadera «pandemia revolucionaria anticristiana» de persecuciones y sacrilegios.

Una cosa que llama la atención es que no sólo hay ataques a seres mortales —asesinatos de misioneros, sobre todo en el continente africano—, sino también a edificios e imágenes que

simbolizan las cosas celestiales. Son criminales embestidas dirigidas indirectamente contra el propio Dios.

¿Han cambiado los tiempos? ¿Se alteró la actitud de los enemigos de Cristo? ¿Se cumple la previsión del mensaje de Fátima de que vendrán «persecuciones contra la Iglesia»?

El bien es invencible, la Iglesia es inmortal

La Sagrada Escritura nos narra, nada más al comienzo, la caída de nuestros primeros padres, Adán y Eva, y la promesa de la victoria de la Virgen cuando dice: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» (Gén 3, 15).

De este modo se anuncia el nacimiento de dos estirpes espirituales: la de los hijos de la luz y la maldita raza de los que practican las obras de las tinieblas. Solamente en el fin del mundo cesará el enfrentamiento entre ambas. A lo largo de la Historia, no obstante, el linaje de la serpiente ha ido mostrando o escondiendo sus garras, según le convenía, en función de las circunstancias.

Ahora vemos, en nuestros días, cómo los católicos presencian entriscos y llenos de perplejidad tan sa-

crílegos acontecimientos. Ante estos, quieren mantenerse fieles a Cristo, cuya marca llevan grabada en sus corazones. Procuran actuar en el día a día conforme a las enseñanzas de San Pablo: trabajando por su propia salvación «con temor y temblor» (Flp 2, 12), buscando ser «irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada» (Flp 2, 15) para brillar como lumbreras del mundo.

Vivimos hoy, de hecho, en una sociedad dominada por las tinieblas; pero, incluso disponiendo de enormes medios materiales para destruir al Bien, el mal teme la palabra de los buenos. Saben que son invencibles porque la Iglesia es inmortal.

A pesar de la aparente desproporción de fuerzas ante el poderío de los malos debemos, pues, alegrarnos. La victoria será siempre de la Santísima Virgen, «porque para Dios nada hay imposible» (Lc 1, 37).

«Insultad al sol, que brillará de todos modos»

La causa profunda del odio descrito aquí, detrás del cual está evidentemente el demonio, es la de ver reflejada de alguna manera la inmaculada pureza de la Virgen María en sus hijos, los católicos fieles.

Ella es la Reina que, a través de sus distintas apariciones a lo largo de los siglos, ha venido a preparar a la humanidad para el embate por excelencia entre esas dos razas: la de los hijos de la luz y la de los hijos de las tinieblas. Y lo hace enfervorizando a los buenos y confundiendo a los malos.

Matriz y precursora de los grandes combates que están por venir es la lucha relatada en el libro del Apocalipsis: «Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (Ap 12, 1). Despues se vio «un gran dragón rojo que tiene siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas» (Ap 12, 3).

A continuación, hubo una gran batalla: Miguel y sus ángeles libraron un combate contra el Dragón y sus secuaces y los expulsaron del Cielo.

Concluyo aquí nuestra reflexión sobre este apasionante tema, dándole como respuesta a quienes blasfeman esa conocida frase atribuida a Edmond Rostand: «Insultad al sol, que brillará de todos modos». Aunque ellos griten, super excitados como demonios, que «la Iglesia es una basura» o «Dios no existe», la raza de la Virgen triunfará! ♦

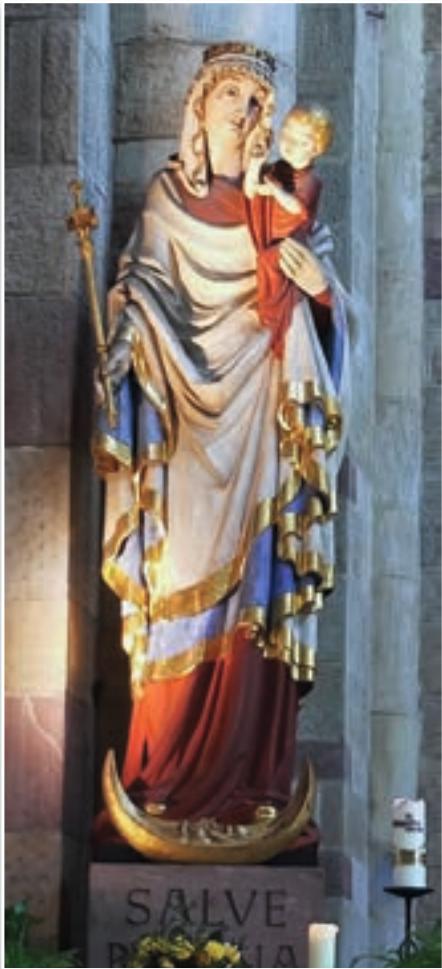
Joe Rivano Barros (twitter.com)



La intolerancia de los «tolerantes» produjo una verdadera «pandemia revolucionaria anticristiana» de persecuciones y sacrilegios contra la Iglesia Católica

A la izquierda, una de las muchas estatuas de San Junípero Serra vandalizadas en Estados Unidos; a la derecha, estado en el que quedó la imagen de la Sangre de Cristo, de la catedral de Managua, tras el atentado

Archidiócesis de Managua

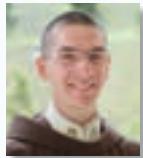


Ríos de tinta bendita se han vertido ya de la pluma de los santos y doctores con respecto de la Salve. Pero ¿el lector conoce la historia de esa oración que figura entre las más conmovedoras plegarias marianas?

Arriba, Nuestra Señora de la Salve Regina, por August Weckbecker - Catedral de Espira (Alemania)

Reina, Madre y Abogada de los pecadores

Lucas Jean Pacheco



T rabajo, tráfico, quehaceres domésticos, preocupaciones cotidianas... Dejemos de lado por un instante todo lo que nos rodea en nuestro día a día y recojamónos, con el fin de retroceder en espíritu muchos siglos atrás y profundizar una vez más en las maravillas de la Santa Iglesia, tan sabia en sus costumbres y tradiciones.

Se trata de un tiempo en que no había teléfonos móviles, ni internet, ni aviones, pero en el que había germinado una auténtica civilización cristiana, impregnada de almas santas y de fe. En esa época los hombres supieron edificar bellas catedrales, cuyas torres altaneras y puntiagudas parecen acariciar el cielo, en un intento de unirlo a la tierra. Estamos en la Edad Media...

Numerosos frutos espirituales recogió la Iglesia en ese período de casi mil años, de los cuales se alimentan, aún hoy, la piedad y la virtud cristianas. De entre el inmenso legado que nos dejó la sociedad medieval nos llama especialmente la atención, por su sencilla belleza, la oración de la *Salve Regina* —la Salve—, que parece introducirnos más íntimamente en la convivencia con Dios por la intercesión de la Santísima Virgen.

Expresa, con total simplicidad y confianza, la actitud perfecta del alma afligida que, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas, implora a la Madre del Redentor y nuestra las fuerzas y el amparo necesarios para ser fiel en medio a las caídas y dificultades y, así, después de este destierro, tener la dicha de ver a Jesús cara a cara en los Cielos por toda la eternidad.

Una oración inspirada por el Paráclito

El Evangelio de San Mateo nos narra el momento sagrado en que, viviendo aún en esta tierra, el divino Maestro nos enseñó la forma perfecta de invocar al Padre celestial, al dictarnos la oración del padrenuestro (cf. Mt 6, 9-13). Pues bien, no sería Él verdaderamente hermano nuestro si no nos hubiera indicado también, a través de la suave moción del Espíritu Santo en las almas, el justo modo de recurrir a aquella que nos dejó como Madre, María.

Como suele ocurrir con muchas de las bellas tradiciones de la Iglesia, no se sabe a ciencia cierta quién fue el autor de la *Salve Regina*. Quiso la Providencia cubrir con un velo el origen humano de tal obra maestra de la piedad cristiana, a fin de poner en evidencia la acción del Paráclito.

A pesar de las innumerables controversias, muchas corrientes serias atribuyen la inspirada plegaria a Hermann von Reichenau, conocido como Contractus, el monje ciego que compuso muchos de los más hermosos cantos gregorianos existentes en nuestros días. Pedro de Mezonzo, obispo de Iria Flavia, es otro de los nombres que constan en la lista de sus posibles autores.

Varias fuentes, sin embargo, mencionan al obispo de Puy, Adhémar de Monteil, constituido por el Papa Urbano II como legado pontificio en la expedición que partió hacia el Santo Sepulcro a finales del siglo XI. En este caso, la *Salve Regina* habría sido compuesta con el objetivo de impetrar la protección y el socorro de la Madre de Dios para los soldados cristianos, siendo cantada incluso con ocasión de la conquista de Jerusalén.¹

«*Mater Misericordiae*»

Pero no siempre la cristianidad rezó la Salve de la misma forma como la conocemos actualmente. Al principio, ya en su primer verso se leían tan sólo las palabras «*Salve Regina misericordiae*», es decir, «*Salve Reina de misericordia*», omitiéndose el término *Mater* —Madre. La invocación a la Virgen Santísima como «*Madre de misericordia*» se introdujo en esta oración unos siglos después, debido a una piadosa tradición.

Se cuenta que el santo abad Odón de Cluny,² gran devoto de Nuestra Señora, solía dirigirse a Ella en sus preces bajo el precioso título de *Mater Misericordiae*. Tal devoción, no obstante, posee un origen muy particular. La propia Madre de Dios se le habría aparecido a uno de los conversos del convento, denominándose con esta advocación. Con los años, la piedad popular fue uniendo la jaculatoria a

las letanías de la Virgen y a otras oraciones, llegando así a componer la fórmula «*Salve Regina, Mater Misericordiae*», como la recitamos hoy.³

«*O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria*»

«*Et Iesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exsilium ostende* —Y después de este destierro,

*Si bien que esto era
aún muy poco para
un alma abrasada
por el fuego de amor
a Nuestra Señora
como San Bernardo*



San Bernardo de Claraval, por Philippe Quantin
Museo de Bellas Artes, Dijon (Francia)

muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre». Con estos términos concluía la oración ya conocida y rezada en distintos lugares de la cristianidad en menos de un siglo después de su composición. Si bien que esto era aún muy poco para un alma abrasada por el fuego de amor a Nuestra Señora como San Bernardo de Claraval...

La Nochebuena de 1146 los fieles congregados en la catedral de Espira, Alemania, estaban cantando ese himno en honor a la realeza de María, tras el cual escucharían la predicación del santo abad. Pero tan pronto acabaron de sonar las últimas notas de la melodía San Bernardo se vio arrebatado en un éxtasis de amor a la Santísima Virgen y entonó con su potente voz las palabras que en adelante concluirían la ya famosa oración: «*O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria*» —¡Oh clementísima!, ioh piadosa!, ioh dulce siempre Virgen María!»⁴.

Aquellas tres exclamaciones a la Madre de misericordia de tal modo marcaron a las almas que hasta hoy se encuentran inscritas en el pavimento de la catedral de Espira.

Estaba, pues, concluido el texto final de la *Salve Regina*, revisado y ampliado por su Autor, el Espíritu Paráclito, de la manera que Él deseaba que fuera difundido y rezado por las generaciones posteriores, hasta los tiempos actuales.

Abogada de los pecadores

El título de esta oración, que pone de manifiesto cómo María Santísima es Reina y Señora de todo el universo, nos podría llevar a verla sentada junto al Padre eterno juzgando a los hombres pecadores, que tanto ofenden a su divino Hijo, incluso después de haberse inmolado para nuestra redención.

Sin embargo, no es esa la actitud de la Santísima Virgen.

Elevada a lo más alto del Cielo, su posición la constituye, ante todo, en Medianera entre el Creador y la humanidad, y le permite interceder continuamente por sus hijos que militan en esta tierra para conquistar la eterna bienaventuranza.

Así comentaba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira el papel soberano de esta Madre que nos asiste incansablemente, dispuesta a perdonarnos y protegernos en nuestras flaquezas y debilidades: «La realeza que Nuestra Señora ejerce sobre el género humano no es la del juez, sino la de la abogada, es decir, de aquella que no tiene por misión juzgar y castigar a los pecadores, sino defenderlos. Por eso tiene para con nosotros toda la suerte de predisposiciones favorables, y siempre nos atiende con indecible bondad».⁵

No obstante, inmersa en el *mare magnum* de pecados de la civilización moderna y viviendo en un mundo que desconoce el verdadero sentido de la palabra «bondad», el alma humana muchas veces considera de forma distorsionada la commiseración de la Madre de Dios por el pecador.

Teniendo en vista esa carencia de la sociedad hodierna, continúa el Dr. Plinio: «Ahora bien, la ternura y la bondad de María no consisten en una vil condescendencia para con el que practicó el mal, sino en la materna e invariable disposición



El juicio particular de un alma
Iglesia de Santa Catalina - Cracovia (Polonia)

«La realeza que Nuestra Señora ejerce sobre el género humano no es la del juez, sino la de la abogada»

de concederle al delincuente las gracias necesarias para que abandone

el error y el pecado. Es en este sentido que debe entenderse la clemencia de Nuestra Señora; y en cuanto tal, ella es única, suprema e indecible».⁶

Pura e immaculada, María Santísima no se distancia de los más débiles y flacos: antes bien, a la manera de una madre solícita que se compadece aún más de un hijo enfermo, Ella está dispuesta a todos los esfuerzos para rescatarnos de los ardides del tentador.

Clemente y dulce con aquellos que la buscan

Si María se muestra tan celosa y maternal con las ovejas descarridas que, por debilidad o incluso por maldad, se apartaron del Sagrado Corazón de su divino Hijo, no menos extremosa es con aquellas que jamás se distanciaron de su Inmaculado Corazón, abrigándose confiados bajo la sombra de su manto protector.

Por eso, al comentar la oración de la *Salve Regina*, canta San Alfonso María de Ligorio las glorias de Nuestra Señora, parafraseando las exclamaciones del santo abad de Claraval: «Clemente con los miserables, piadosa con los que la invocan, dulce con los que la aman. Clemente con los penitentes, piadosa con los que progresan en la virtud, dulce con los que llegaron a la perfección. Clemente librando de los castigos, piadosa comando de gracias, dulce dándose a quien la busca».⁷ ♦

¹ Cf. DE FIORES, Stefano; MEO, Salvatore (Dir.). *Nuevo diccionario de Mariología*. 3.^a ed. Madrid: San Pablo, 1988, p. 1495; BERNET, Anne. *Notre-Dame en France*. Versailles: Éditions de Paris, 2010, pp. 34-35.

² Cf. JUAN DE SALERNO. *Vita Sancti Odonis*. L. II, c. 20: PL 133, 72.

³ Cf. DE FIORES; MEO, op. cit., p. 1494.

⁴ Cf. THIÉBAUD, Victor-Joseph. *Fleurs mystiques. Les lita-*

nies de la Sainte Vierge expliquées et commentées. 3.^a ed. Paris: Jacques Lecoffre, 1864, v. I, pp. 436-437.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 24/5/1965.

⁶ Ídem, ibidem.

⁷ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Las glorias de María*. In: *Obras Ascéticas*. Madrid: BAC, 1952, v. I, p. 716.

«Nadie se hace grande de repente»

La principal misión para la cual nos ha creado Dios está precedida en el día a día de incontables otras. Si sabemos ser generosos en el combate cotidiano lo seremos también en la hora «H».

Hna. Cristiane Marques e Silva, EP



iCuántas veces no nos hemos admirado con las maravillas de la naturaleza vegetal al apreciar sus frutos y perfumes! Raramente, sin embargo, nos acordamos considerar las mil y una «dificultades» por las cuales ha pasado una planta determinada para lle-

gar a su estado actual: la semilla murió, se adaptó al suelo, se volvió un pequeño brote, subsistió a la intemperie, a las hormigas, a las sequías, a los vientos e incluso resistió a las pisadas de los transeúntes. Pero, finalmente, venció, creció y llegó a su esplendor.

Esa trayectoria de dificultades, sin embargo, no se encuentra únicamente en la vida de un minúsculo vegetal, sino en cualquier obra. Cuando contemplamos, por ejemplo, la imponente catedral de Colonia, ¿quién osaría dudar de que no fue necesario enfrentar numerosos obstáculos hasta el término

de su construcción? Es cierto que los sufrimientos y luchas de los que contribuyeron en el desenlace de una gran hazaña, a pesar de que en ocasiones son olvidados por los hombres, están guardados en el corazón del Creador —para quien nadie es un héroe anónimo—, y a lo largo de los siglos ayu-



Fotos: Georges Seguin (CC by-sa 3.0)

La profetisa accede, pero le dice: «No te corresponderá la gloria por la expedición que vas a emprender, pues el Señor entregará a Sísara en mano de una mujer» (Jue 4, 9)

Yael (izquierda) y Débora (derecha)
Mausoleo de Joseph Sec,
Aix-en-Provence (Francia)



dan a muchos fieles a alcanzar gracias.

No existe vida sin lucha

Todo esto es tan sólo un símbolo de lo que pasa en el interior de los hijos de Dios. A cada uno de nosotros nos ha creado por una inmensa generosidad de su amor, con el fin de que crezcamos en la santidad, edificando virtudes en nuestra alma. Nos confió una misión específica; y para su pleno cumplimiento nos sustenta y acompaña con su gracia.

No obstante, la trayectoria para la realización de esa misión nuestra no es recorrida sin cruces, sin perplejidades, sin pruebas, sin renuncias e incluso sin fracasos. La idea de una vida donde todo encaja conforme a nuestros planes, sin sufrimientos, no es real. Ya nos lo advirtió el divino Maestro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24).

A lo largo de nuestra vida, muchas veces la Providencia nos pide generosidad de nuestra parte, como en el caso de la pequeña semilla que necesitó morir para florecer en un frondoso árbol. Entonces, ¿cómo nos preparamos para dar los pasos a los cuales nos llama el Creador?

Un alma que supo dar su «fiat»

Al abrir la Sagrada Escritura nos encontramos con numerosos ejemplos de almas elegidas que, en la hora de dar el paso necesario para el cumplimiento de su misión, supieron decir «sí», como hizo María Santísima en Nazaret al asentir con su «fiat» a la obra de la Redención.

Uno de esos heroicos personajes lo vemos en el libro de los Jueces. Se trata de una mujer cuyo pasado se desconoce, pero que marcó la Historia como modelo de fidelidad en la hora «H»: Yael, esposa de Jéber, el quenita.



Reproducción

Yael clava una estaca en la sien de Sísara, cuadro atribuido a León Cogollos

Si sabemos ser generosos en el combate cotidiano, caminando hacia la perfección que Dios nos pide, lo seremos también cuando Él nos pida algo más grande

La narración que el Antiguo Testamento hace de su gloriosa gesta comienza en el momento en que Débora, jueza y profetisa, llama a Barac, hijo de Abinoán, y le ordena de parte de Dios que reúna diez mil hombres de los hijos de Zabulón y de Neftalí para combatir a los cananeos. Aquel acepta la orden, aunque con una condición: que Débora lo acompañe. La profetisa accede, pero le dice: «No te corresponderá la gloria por la expedición que vas a emprender, pues el Señor entregará a Sísara en mano de una mujer» (Jue 4, 9).

La batalla fue todo un éxito: Dios estaba con ellos y venció al general enemigo, quien tuvo que bajar del ca-

rro y huir a pie (cf. Jue 4, 15). Tan sólo faltaba encontrarlo y dominarlo para que fuera alcanzada la victoria completa.

Mientras tanto Sísara buscaba refugio y llegó hasta donde estaba Yael, mujer astuta, que se aprovechó de su complicada situación y se puso a su disposición para «ayudarla»: le invitó a que entrara en su tienda, lo cual él aceptó con prontitud; éste se sirvió de lo que ella le ofrecía y, exhausto, se durmió profundamente, pero antes le había pedido que permaneciera en la puerta y que no le diera a nadie información alguna sobre él.

Había llegado el momento auge de la vida de esta admirable y valiente mujer... La victoria completa del pueblo elegido estaba en sus manos y Yael, sin temor, dijo «sí» al intrépido acto que Dios le pedía en aquel instante: «agarró una estaca de la tienda y tomó el martillo en su mano, se le acercó sigilosamente y le clavó la estaca en la sien hasta que se hundió en la tierra» (Jue 4, 21).

Cumplida su misión salió al encuentro de Barac y se apresuró en darle la noticia que le permitió proclamar la victoria: el enemigo yacía sin vida en su tienda con las sienes atravesadas por un palo. «El Señor humilló aquel día a Yabín, rey de Canaán, ante los hijos de Israel» (Jue 4, 23).

Una heroína que mereció participar de la victoria

Lo que más impresiona en la actitud de Yael es su seguridad en el actuar, su truculencia, determinación y esperteza. Sin que fuera preciso recibir avisos humanos, discernió el momento específico de hacer aquello para lo que Dios la había llamado. Fiel en seguir la voz interior, derrotó al enemigo y cumplió la profecía hecha por Débora, sin conocerla: «El Señor entregará a Sísara en mano de una mujer» (Jue 4, 9).

¿Qué es lo que hizo ella para que, en la hora «H», ejecutara con tanta sabiduría la voluntad de Dios?

Como ya hemos dicho, de su pasado nada se conoce, pues solamente de su vida este episodio es el único hecho que narran las Escrituras. Pero, partiendo del presupuesto de que *nemo repente fit summus*,¹ y de que importantes obras siempre son precedidas por muchas dificultades, podemos imaginar cómo habrá sido la vida de Yael, antes de derrotar al general cananeo. Ciertamente supo vencer a lo largo de su existencia otros muchos «síssaras» interiores, fruto de las malas tendencias derivadas del pecado original en cada uno.

¿Cómo se habrá comportado ante las tentaciones y las malas inclinaciones desde su infancia? No es posible imaginar que su vida haya sido la de un alma relativista, preocupada tan sólo con su comodidad. Seguramente que nunca dejó de tener presente su deber, sobre todo para con Dios, y que siempre trató de enfrentar con valentía aquello que más le costaba.

Erraríamos si juzgamos que la vida de Yael fue una sucesión de éxitos. La firmeza con que enfrentó a Síssara y la sabiduría con la cual actuó en fracciones de segundo evidencian una continua y vigilante batalla en busca de la fidelidad a Dios.

Por eso puede pasar para la Historia como una heroína con quien Dios quiso compartir la victoria.

Estamos llamados a vencer otros «síssaras»

Nuestra misión no será, sin duda, encontrar un «Síssara» en la entrada de la tienda. Pero ¿quién de nosotros no carga en el alma «síssaras» que han de ser extirpados? Podrá ser una tendencia al orgullo, a la pereza, a la ambición, a la envidia, a la maledicencia, al *comodismo*, a la falta de rectitud de conciencia o a tantos otros vicios que pululan a cada instante en nuestro interior, queriendo ganar terreno en nuestros corazones.

Para extirparlos hemos de ser radicales como Yael: sin inseguridad

des, con energía y valentía, es necesario «clavar la estaca» en esos defectos que nos obstaculizan el progreso espiritual. Sin vacilar, debemos pedir el auxilio de la gracia divina y expulsar de nuestra alma todo lo que nos aparta de Nuestro Señor Jesucristo.

Tengamos presente, no obstante, que la principal misión para la cual hemos sido creados está precedida de incontables otras. Si sabemos ser generosos en el combate cotidiano, dando los pasos rumbo a la perfección que Dios nos pide, lo seremos también cuando Él nos presente algo mayor. Y así, de batalla en batalla, con los ojos puestos en el Redentor y en María Santísima, sabiendo que las fuerzas no vienen de nosotros y que la victoria nos es dada por Ellos, estaremos preparándonos para ser fieles, como Yael, en la hora «H» de nuestra misión específica.

Sin duda somos más felices que Yael, pues, habiendo nacido después de la venida del Redentor, hemos sido más beneficiados por su sangre, y hemos recibido como nuestra a su propia Madre. Ella, la fortaleza de los flacos y el alivio de los miserables, nos ayudará en el arduo combate. ♦

¹ Adagio latino que significa: «nadie se hace grande de repente».

La firmeza del enfrentamiento y la sabiduría con la cual actuó evidencian una continua y vigilante batalla en busca de la fidelidad a Dios



Reproducción

¿Cuándo «inventó» el hombre a Dios?

La sabiduría humana, siempre rica en enseñanzas, fascinó a los pensadores de todos los tiempos. Sin embargo, ese misma sabiduría se arrodilla y se inclina para adorar a Dios.



Luis Felipe Marques Toniolo Silva

Fxiste todo tipo de discusiones. Están las que son repentinamente y momentáneas, fruto de la irreflexión, del descontrol temperamental o de la inmadurez. Otras las hay que son interminables, cuyos partidarios, de uno y otro bando, se suceden de generación en generación. Se perfeccionan los argumentos, se desmontan los silogismos, pero la contienda no tiene fin.

El debate sobre la existencia de Dios se encuentra entre estas últimas. En los últimos dos siglos, especialmente, vinieron a la luz las más diversas modalidades de ateísmo, como, por ejemplo, la del filósofo alemán

Ludwig Feuerbach, según el cual Dios no creó al hombre sino al contrario: éste fue quien inventó a Dios.

En general, la crítica atea se asienta en el hecho de que la religión construye sus principios en base a la Revelación, es decir, a partir de datos facilitados sobrenaturalmente al hombre, no comprobables mediante el raciocinio ni por la experiencia científica. No obstante, ¿habrá algún modo de atestiguar que Dios existe apoyándose únicamente en la razón?

Para responder a esta pregunta, dejemos de lado unos instantes los argumentos proporcionados por la Sagrada Escritura y por la Tradición,

fuentes de la Revelación, y naveguemos en las aguas de la antropología y de la filosofía antigua.

¿Es posible alcanzar a Dios simplemente por la razón?

Antes de emprender una obra se ha de analizar si la empresa se puede llevar a cabo. Así pues, cabe preguntarnos: ¿la razón realmente tiene condiciones para procurar al Altísimo?

Santo Tomás de Aquino explica que, de hecho, existen verdades a las cuales la pobre inteligencia humana jamás podría llegar sin el auxilio de una manifestación divina. Es lo que ocurre con el misterio de la Santísima Trinidad, por ejemplo. Esas sumas verdades, no obstante, a pesar de trascender nuestro intelecto, no lo contradicen ni lo niegan.¹ No es absurdo, por lo tanto, aceptarlas.

Por otra parte, continúa el Doctor Angélico,² hay verdades que nuestra razón puede alcanzar, como es el caso de la existencia de Dios. No lo vemos, pero comprobamos sus reflejos en la Creación y, mediante efectos, vislumbramos la causa. Aquello que es invisible se manifiesta en las cosas visibles.

Ese fue el camino que recorrieron algunos sabios de la Antigüedad. Ardua y arriesgada senda, sin duda,

En los últimos dos siglos vinieron a la luz las más diversas modalidades de ateísmo, como, por ejemplo, la del filósofo alemán Ludwig Feuerbach

Ludwig Feuerbach,
grabado de August Weger



August Weger

pues los que andan sin la luz de la fe peregrinan con los ojos cerrados, a tientas. Su trayectoria, aunque orientada hacia Dios, fue incierta, vacilante, tambaleante.

Todo hombre tiene una religión

Al volver la mirada a la Antigüedad nos encontramos con una evidencia que ningún ateo puede negar: la existencia de un fenómeno religioso. Se trata, ahora, de saber en qué momento empezó esto: ¿cuándo «inventó» el hombre a Dios?

Si consultamos la antropología la respuesta será: siempre. Todos los pueblos, en todos los tiempos, han tenido una religión. Sus sociedades se construyeron sobre principios proporcionados por la creencia, dando origen a ritos y preceptos a partir de los cuales, a su vez, surgieron un código de ética y una conducta moral que regían los actos humanos.

En ese sentido, se le atribuye a Plutarco, pensador greco-romano del primer siglo de nuestra era, la siguiente frase: «Si vamos de nación en nación, podremos encontrarnos con ciudades sin murallas, sin ciencias y sin arte, sin reyes, palacios o riquezas; ciudades donde el dinero sea desconocido o no sea utilizado; ciudades sin edificios públicos y teatros; pero nadie jamás ha visto o verá una ciudad sin templos, dioses, oraciones, juramentos y oráculos, una ciudad que no busque, por medio de sacrificios y de fiestas religiosas, obtener y desviar males».³

Es verdad que la manera de representar lo divino era diferente en cada pueblo, dando origen a distintas formas de culto, politeístas en su inmensa mayoría. Los bárbaros en Europa idolatraban árboles sagrados; los chinos veneraban al cielo; muchos de los orientales y de los indios americanos adoraban al sol; otros levantaban



Gloria de Santo Tomás de Aquino, por Francesco Traini - Iglesia de Santa Catalina, Pisa (Italia)

El Doctor Angélico nos explica que hay verdades que nuestra razón puede alcanzar, como es el caso de la existencia de Dios

altares a sus propios reyes. También nacieron leyendas o mitos para contar la historia de sus divinidades.

Insuficientes y deficientes, tales manifestaciones de religiosidad confirmaron, no obstante, que la figura de un ser divino acompañó a la humanidad desde sus comienzos, hasta que... surgieron algunos que decidieron negarla: los ateos. El ateísmo, éste sí, es una invención relativamente reciente.

Un problema para que la filosofía lo resuelva

El hombre posee una inclinación hacia lo sagrado por ser naturalmente religioso, como observa Cicerón.⁴ Se trata de un instinto que, desprovisto todavía de suficientes elementos racionales, camina hacia la certeza: «Todos los seres humanos tienen una concepción de los dioses»⁵.

Sin embargo, las narraciones mitológicas tan difundidas entre los pueblos antiguos no atendían plenamente a los anhelos del alma humana de conocer el origen del universo. Fue entonces cuando algunos sabios helénicos empezaron a procurar un fundamento racional para su creencia en la divinidad. Sacando paulatinamente las vistas del Olimpo, los filósofos griegos comenzaron a interrogar a la naturaleza en busca de una solución.

No hubo pensador antiguo que no procurara darle una respuesta a la cuestión, como afirma el P. Battista Mondin: «El problema de la existencia de Dios es una línea que atraviesa toda la historia de la filosofía; no hay filósofo digno de este nombre que haya abordado seriamente este asunto»⁶.

Platón y Aristóteles, ápice del pensamiento griego

El que primero formuló una tentativa seria de probar la existencia de Dios fue Platón, tomando como punto de partida el orden del universo.

Las expresiones «leyes de la naturaleza», «cadena alimentaria» y «equilibrio ambiental» están en nuestro vocabulario corriente. Pero rara vez notamos que jamás podrían haber surgido de una manera enteramente espontánea: si existen leyes, debe haber también legislador; si existe encadenamiento, antes hubo quien dispusiera las cosas en secuencia; y si existe armonía o equilibrio en la naturaleza es porque alguien ha establecido un orden.

Por ese motivo Platón creía que era necesario que hubiera una «mente organizadora» del universo.⁷ La inmensa y compleja disposición de los seres no puede ser obra del acaso. ¿Cómo se explica que la enorme variedad de especies vegetales y animales tengan su origen en la «nada»? ¿Cómo pensar que el perfecto movimiento de los astros sea fruto de la mera «suerte»?

Su discípulo Aristóteles fue un poco más lejos. Al contemplar el mundo de su alrededor, observó que todo se desarrolla, todo se mueve. Los astros y los animales están en continuo desplazamiento, los vegetales poseen un crecimiento propio, e incluso las rocas pasan por transformaciones geológicas. Sin embargo, ¿quién habrá comenzado esa maravillosa sincronía?

Todo lo que se mueve es movido por otros. Nadie nace espontáneamente, es necesario que alguien lo engendre; ninguna piedra rueda sin que haya sido empujada, aunque sea por la gravedad; no hay vegetal que crezca sin haber sido plantado: se trata de verdades incontestables.

Ahora bien, ¿cuándo comenzó a moverse todo? ¿Quién fue el «motor» que lo puso todo en movimiento? Ese agente, por su parte, no pudo haber comenzado a moverse solo. Si continuáramos haciendo estas preguntas, nunca encontraríamos el primer «motor», pues siempre debería haber un ser anterior que lo moviera...

Entonces, ¿el universo no tuvo comienzo? Admitir esto sería absurdo. Al ser imposible regresar a una secuencia infinita de «motores», se vuelve necesaria la existencia de un

«motor» supremo, que no sea movido por nadie y, al mismo tiempo, haya dado inicio al movimiento universal.⁸ He aquí la figura de Dios, que lo mueve todo sin moverse.

Aristóteles formuló aún otra prueba: «En general, donde se encuentra algo mejor, se encuentra también lo mejor. Luego, ya que en las cosas que existen unas son mejores que las otras, existe también lo mejor de todo, que será precisamente lo divino»⁹.

Cicerón: ¿cómo puede ser el universo fruto de la casualidad?

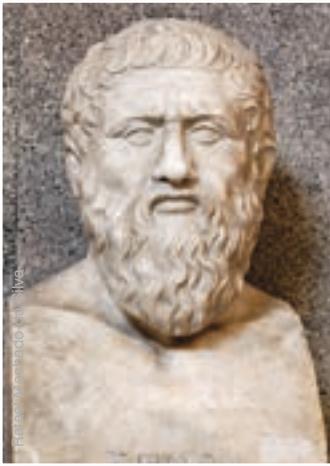
Dejemos el mundo griego del siglo IV antes de Cristo y pasemos a la República romana, donde el conocido orador Marco Túlio Cicerón nos va a dar uno de los argumentos más sencillos, no por eso menos profundo, a favor de la existencia de Dios.

En su obra *De natura deorum*,¹⁰ el famoso tribuno retoma la prueba sugerida por Platón y Aristóteles sobre la causa y el efecto, agregando, no obstante, un ejemplo didáctico: creer que el universo, con toda la perfec-

Aquello que es invisible se manifiesta en las cosas visibles. Mediante los efectos de la Creación vislumbramos su causa

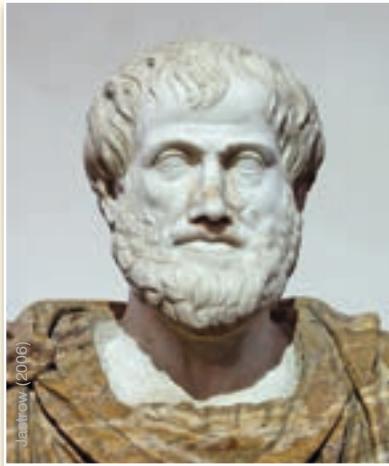


1. Galaxias del Quinteto de Stephan; 2. Puesta de sol en El Puerto de Santa María (España); 3. Arco iris sobre las cataratas del Niágara; 4. Cerezos de la Casa Turris Eburnea, Caieiras (Brasil); 5. Buganvillas de Serra da Cantareira (Brasil); 6. Tigres del zoológico de Atibaia (Brasil)



Rafael Mochado - Sime

Platón – Creía que era necesario que hubiera una «mente organizadora» del universo. La inmensa y compleja disposición de los seres no puede ser obra del acaso. ¿Cómo se explica que la enorme variedad de especies vegetales y animales tengan su origen en la «nada»?



Jesús Gómez (2006)

Aristóteles – «En general, donde se encuentra algo mejor, se encuentra también lo mejor. Luego, ya que en las cosas que existen unas son mejores que las otras, existe también lo mejor de todo, que será precisamente lo divino»



Manfred Werner - Test

Cicerón – Creer que el universo, con toda la perfección contenida en él, sea resultado de la mera casualidad, es tan absurdo como creer que un puñado de letras lanzadas al aire formaran, por sí solas, uno de los libros de Ennio, poeta greco-romano

ción contenida en él, sea resultado de la mera casualidad, es tan absurdo como creer que un puñado de letras lanzadas al aire formaran, por sí solas, uno de los libros de Ennio, poeta greco-romano.

Traducido en términos más cercanos a nosotros: sería como si alguien recortara, una por una, las vocales, consonantes y signos de puntuación que componen *Os Lusíadas* de Camões y los tirara al viento esperando que constituyeran por sí mismos, sin acción externa, el clásico portugués.

De hecho, las probabilidades de que la Tierra se formara como es

—con las condiciones de vida y adornada de tantas maravillas de la naturaleza—, sin intervención de un ser inteligente, se revelan tan pequeñas que tocan la imposibilidad.

¿Cuándo inventó el hombre el ateísmo?

Por consiguiente, estemos seguros de esto: si pudiéramos entrevistar a los sabios de la Antigüedad y preguntarles qué piensan sobre la existencia de Dios, de todos escucharíamos una palabra favorable.¹¹ Pues lo que se podría denominar «ateísmo militante» solamente surgió en el siglo XIX...

Feuerbach, el mentor más influyente del ateísmo humanista que predijo el marxismo, afirmaba que el hombre forjó la idea de Dios, cuando lo más adecuado sería decir que el hombre inventó el ateísmo. La creencia en la divinidad estuvo siempre presente entre los pueblos, a veces de manera incipiente y pueril, otras veces alertada por el análisis racional.

La Iglesia Católica, no obstante, posee el tesoro de la Revelación y de los misterios de Dios. Ante tal maravilla, la razón se inclina reverente y sumisa, le presta auxilio y muestra que nuestra fe no es absurda, sino verdadera, sabia, divina. ♦

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma contra los gentiles*. L. I, c. 7.

² Cf. Idem, c. 12.

³ PLUTARCO. *Adversus Colotem*, XXXI.

⁴ SHEEN, Fulton John. *Filosofia da Religião*. Rio de Janeiro: Agir, 1960, p. 207.

⁵ ARISTÓTELES. *Sobre el cielo*. L. I, c. 3, 270b, 6-7.

⁶ MONDIN, Battista. *Quem é Deus? Elementos de Teologia Filosófica*. São Paulo: Paulus, 1997, p. 196.

⁷ Cf. PLATÓN. *Fedón*, 97b-98c.

⁸ Cf. ARISTÓTELES. *Metafísica*, L. XII, 1072a, 7.

⁹ ARISTÓTELES. Sobre la filosofía, III, frag. 16. In: *Fragmentos dos diálogos e obras exortativas*. Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2014, p. 63.

¹⁰ Cf. CICERÓN, Marco Tullio. *De natura deorum*. L. II, 93.

¹¹ El ateísmo solamente se le atribuye en la antigüedad a dos filósofos. Aún así su verdadera posición es discutible, pues en aquellos tiempos quien pusiera en duda los dioses del Olimpo—sin negar necesariamente la existencia de la divinidad—podría ser tachado de ateo, como ocurrió con Sócrates.

Una puerta del Cielo se abrió para el mundo

Quien visita la capilla de la Rue du Bac, de París, donde la Santísima Virgen se apareció, se siente envuelto por una intensa impresión de paz, de calma, de cielos abiertos, como si no existieran obstáculos entre la tierra y la feliz eternidad.



Plinio Corrêa de Oliveira

Las apariciones de la Santísima Virgen a Santa Catalina Labouré tuvieron lugar en 1830, siendo la más importante de ellas la del 27 de noviembre, cuando María Santísima le reveló los tesoros de dídivas celestiales destinados al mundo con la difusión de la Medalla Milagrosa.

Cumple recordar que, en aquella época, a la par de un gran reflorecimiento de la práctica de la religión católica, existían también fuertes manifestaciones de laicismo y ateísmo hostiles a la Iglesia, de manera que un foso abismal separaba el catolicismo del anticlericalismo. Yo mismo, en el Brasil de los años 20, conocí ecos de esa animosidad. Por lo tanto, casi un siglo después de las apariciones de la Rue du Bac.

Tan profundo era ese parapeto divisor entre las cosas de la Iglesia y las de la sociedad civil que, al trasponer el umbral del ambiente profano e ingresar en el religioso, era como si dejáramos un país para entrar en otro. Recuerdo cuando asistía a la bendición del Santísimo Sacramento en la iglesia del Sagrado Corazón de Je-

sús, tras la cual, al salir del templo, observaba el edificio de lo que entonces era el internado del Liceo,¹ desplegado en dos alas en torno de toda la manzana.

Las ventanas de las plantas inferiores permanecían cerradas y protegidas por rejas. Al contrario de las de los pisos superiores a través de las cuales, en el lado donde yo sabía que estaba situado el dormitorio de los niños, se podían ver algunas luces azules encendidas: señal de que los chicos dormían ya. Y el reloj de la torre aún no marcaba las nueve de la noche...

En aquella época existían fuertes manifestaciones de laicismo y ateísmo hostiles a la Iglesia; un foso abismal separaba el catolicismo del anticlericalismo

Me acuerdo de la impresión que causaba en mí el entrar en la sociedad profana —insisto, la de los años 20— y percibir el contraste entre lo fulgurante, lo inquieto, lo divertido de aquel mundo y el dormitorio extenso donde un gran número de muchachos descansaba.

Me alegraba ver que, mientras todos se encontraban inmersos en el sueño nocturno, las lucecitas azules simbolizaban la maternidad de la Iglesia envolviendo a sus hijos en una neblina amiga; la vigilancia de quien sabe sonreír sin cerrar los ojos, siempre consciente de lo que pasa. Todo eso me daba la impresión de que en aquel ambiente había una austerdad, una sagrabilidad, un orden que el mundo de fuera no conocía. Era otro universo.

Pues bien, en una atmósfera análoga a esa ocurrieron, en la París de 1830, las revelaciones de Nuestra Señora a Santa Catalina Labouré.

Ambiente modesto, puro y elevado

Era ella una monja de la Congregación de las Hijas de la Caridad, fundada por Santa Luisa de Marillac y San Vicente de Paúl. Estas religio-



Paulo Mikio

La capilla de las apariciones en su estado actual

sas se distinguían siempre por su extrema y abnegada solicitud cristiana, dedicándose al cuidado de los pobres, de los huérfanos y de los enfermos en los hospitales y Casas de Misericordia. Hasta hace poco se las reconocía por su característico hábito: una túnica oscura con cuello blanco almidonado, la cabeza adornada con un tocado bretón, estilizado por la inspiración y por las manos de la Iglesia. Esa toca se desdoblaba en dos anchas viseras que recordaban vagamente las alas de una gaviota en vuelo. En la cintura, como es natural en los hábitos religiosos, pendía un gran rosario.

No tuve contacto asiduo con esas monjas, pero me encontré con muchas de ellas. En general personas robustas, fuertes y prontas para el trabajo. Mirada limpida, recta, actitud modesta de quien prefería pasar desapercibida. Realizaban obras de misericordia temporal como oportunidad para obras de misericordia espiritual.

La elevación de ese apostolado de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl era tan grande, y las admiraba tanto por eso, que solían ser tenidas como el propio símbolo de

De repente, en la capilla de la Rue du Bac, Catalina cree haber oído el roce de un vestido de seda... ¡La Santísima Virgen, allí!

la religión en una de sus expresiones más bellas y conmovedoras.

Su principal convento se sitúa en un antiguo y aristocrático barrio de la capital francesa, el Faubourg Saint-Germain, y se volvió conocido por el nombre de la calle en la que fue edificado: Rue du Bac.

Debemos imaginar la ciudad de París de aquel 1830, mucho más pequeña y menos populosa que hoy, silenciosa, tranquila, aún sin ruidos de motores y sin luces de neón. Podemos pensar en la calle pavimentada con piedras, sobre las cuales, una vez que otra, el eco de los cascos de un caballo

o de las ruedas de un carro interrumpía el largo silencio de la noche. En el dormitorio de las monjas de San Vicente no había lucecitas azules, pero quizás sí algunos quinqués encendidos. Todas las religiosas descansan, entre ellas Santa Catalina Labouré.

En ese ambiente modesto, puro y elevado, completamente distinto del mundo exterior, lo maravilloso sobrenatural empieza a desarrollarse.

Coloquios con la Reina del Cielo

La primera aparición ocurrió el 18 de julio de 1830, como si viniera preparada por una actitud de la vidente impregnada de ingenuidad, inocencia y carácter filial muy bonitos. Había asistido el día anterior a una charla sobre la devoción a Nuestra Señora, sintió un ardiente deseo de verla y se acostó pensando que aquella misma noche se encontraría con la Santísima Virgen.

Y fue exactamente lo que pasó. Según nos lo relata la propia santa, alrededor de las once y media de la noche, oyó que alguien la llamaba. Corre la cortina de su cama y ve a un niño de cuatro o cinco años que le dice: «Id a la capilla, la Santísima Virgen os espera».

Muestra algo de recelo, con temor a que otras religiosas la sorprendieran fuera de la cama, pero el niño la tranquiliza; se viste y empieza a seguirlo por los pasillos del convento. Un detalle curioso, registrado por la vidente, que se admiró mucho con el hecho: por todos los lugares por donde pasaban las lámparas estaba encendidas.

Entra en la capilla y su sorpresa es aún mayor cuando percibe que todas las velas de los candelabros están encendidas, como si estuvieran preparados para la Misa del Gallo. El niño la conduce hasta el presbiterio; Santa Catalina se arrodilló al lado de la silla en la que se sentaba el vicario, mien-

tras el niño permanece de pie. Siempre temiendo que pasara alguna monja por allí y que al verlos le pidiera unas explicaciones que no sabría dar...

Finalmente, el niño le advierte: «He ahí a la Santísima Virgen». La vidente oyó un frufrú, un rozamiento de tejido de seda, pero todavía no distinguía a Nuestra Señora. Entonces el niño le insistió —no ya con voz de niño, sino con tono vigoroso— que la Reina del Cielo estaba presente. En ese momento Santa Catalina vio a la Madre de Dios sentada en la silla del vicario, dio un salto hacia Ella y, genuflexa, apoyó sus manos en las rodillas de María.

O sea, una escena fabulosa, una aparición rodeada de afabilidad extraordinaria. Se comprende entonces que Santa Catalina haya registrado ese instante como el más dulce de su vida, imposible de ser descrito con palabras. Recibió allí diversos consejos y orientaciones de la Virgen, los cuales prefirió mantenerlos en sigilo.

La Medalla Milagrosa

Bien podemos concebir cómo Santa Catalina se sentiría después de ese encuentro con Nuestra Señora y cómo su corazón latía de un intenso deseo de volver a verla. Unos meses después sería ampliamente atendida. El segundo y más importante encuentro se dio la tarde del sábado 27 de noviembre de 1830. Así lo narra un cronista de las distintas apariciones de María:

«En su capilla de la Rue du Bac, las Hijas de la Caridad —hermanas novicias— se reúnen para la meditación vespertina. Recogimiento y religioso silencio. De repente, en medio a su piadosa contemplación, Catalina Labouré cree haber oído el roce de un vestido de seda... ¡La Santísima Virgen, allí!

«Cualquier pensamiento es imposible ante la inconcebible belleza de

María. Lleva un vestido de seda albísima como la aurora. Del mismo color es el velo que desciende desde la cabeza hasta los pies. Éstos descansan sobre un voluminoso globo, que parece estar fijo en un punto del espacio. Las manos, elevadas a la altura del pecho, sustentan graciosamente otro globo, más pequeño que el pedestal y coronado por una cruz. La Virgen dirige su mirada al cielo. Sus labios rezan. Le ofrece el globo al Maestro, su Hijo.

«Súbitamente el globo desaparece y las manos permanecen extendidas. Los dedos se cubren de anillos guarnecidos de centellante pedrería, que emiten rayos deslumbrantes hacia todas partes. Mil fulgores preciosos se funden en un único brillo trascendente. Mil y una radiaciones rodean a la santa figura.

«La Virgen posa los ojos sobre Catalina en contemplación, abisma-

da en un mundo de sensaciones, de sentimientos, de descubrimientos, de revelaciones inexpresables. En el fondo de su corazón, la novicia oye una voz que le dice:

«—Este globo representa el mundo entero y, especialmente, Francia, y cada hombre en particular.

«La lluvia de rayos redobla en fuerza, en magnificencia.

«—He aquí el símbolo de las gracias que derramo sobre aquellos que más las piden. Las piedras que permanecen en la sombra (dirá aún, una que otra vez, la Santísima Virgen) simbolizan las gracias que se olvidan de pedirme...».²

Según narra Santa Catalina, se formó en torno de Nuestra Señora un cuadro de forma ovalada, en lo alto del cual estaban escritas en letras de oro las siguientes palabras: «Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos». Nuevamente oyó una voz que le ordenaba acuñara una medalla conforme a aquel modelo. Y la promesa:

«Todos los que la usen, colgada al cuello, recibirán grandes gracias, que serán abundantes para quien la lleve con confianza».

A continuación, dice la vidente, el cuadro pareció girar y vio el reverso de la medalla: en el centro, el monograma de la Santísima Virgen, compuesto por la letra «M» coronada por una cruz, la cual tenía una barra en su base.

Abajo, los Corazones de Jesús y de María, el primero coronado de espinas y el otro traspasado por una espada.

Era el dibujo de la Medalla Milagrosa, como sería ampliamente conocida y difundida por el mundo entero, obteniendo gracias y favores celestiales para incontable número de personas, milagro de orden físico, como la curación de enfermedades, y también de orden espiritual, reformas de vida y conversiones de las más inesperadas.



«Todos los que la usen, colgada al cuello, recibirán grandes gracias, que serán abundantes para quien la lleve con confianza»

Designios de alta misericordia para el mundo

Me acuerdo, por ejemplo, de este hecho. Una dama de la aristocracia francesa mantenía en el salón noble de su residencia, magníficamente decorado, un cuadro con la Medalla Milagrosa, manchada y abollada en el centro. Los visitantes que recibía en su casa se extrañaban de aquel cuadro expuesto con tanta evidencia en un recinto espléndido, en medio de objetos de alta categoría, y le preguntaban la razón de ello. La señora respondía:

«Guardo esta medalla porque mi hijo era un juerguista y cuando se encontraba en un sitio inapropiado recibió un tiro. La bala acertó directamente en la medalla y en vez de perforarla, de manera inexplicable, tan sólo la dañó, como si autenticara el hecho extraordinario, y cayó en el suelo. Ante el prodigo, mi hijo se convirtió y hoy es un católico modélico. Entonces deseo que mis visitas conozcan este favor recibido de Nuestra Señora y sepan agradecérselo. Por eso la medalla está aquí».

Es simplemente incontable el número de episodios similares en los que se obtuvieron gracias preciosas a través de la Medalla Milagrosa, motivo por el cual se convirtió en objeto de tanta devoción. María Santísima la destinó a ser un maravilloso medio de realizar designios de su alta misericordia para con el mundo.

Expresión del cariño materno de María

Es interesante subrayar, además, que esa particular protección de la Virgen Santísima en relación con nosotros traspone mucho en su prerrogativa de Madre de la Divina Gracia.



La aparición de la Virgen a Santa Catalina Labouré
Santuario de la Medalla Milagrosa, París

«Ella siempre se halla dispuesta a socorrernos y ampararnos, sea en nuestras carencias materiales y físicas, sea en nuestras lagunas espirituales»

¡Cuántos no nos hemos sentido ya, al acercarnos a una imagen con esa advocación, recibidos por una sonrisa suya, envueltos por una especie de dulzura que nos prometía compasión y nos daba la convicción de que éramos atendidos y favorecidos por un acto de inagotable bondad!

Se trata de la certeza de que Nuestra Señora siempre se halla dispuesta a socorrernos y ampararnos con su clemencia, sea en nuestras carencias materiales y físicas, sea marcadamente en nuestras lagunas espirituales, ayudándonos a vencer nuestros defectos, las tentaciones y el pecado. Por lo tanto, Nuestra Señora de las Gracias podría illa-

marse Nuestra Señora de la Misericordia, que nunca, nunca nos dejará desamparados.

Y pienso que jamás será suficiente insistir en esta verdad: Madre de la Divina Gracia significa la tesorera de todas las gracias de Dios. Las dádivas celestiales constituyen un tesoro inagotable puesto en las manos de la Virgen y por Ella difundido a aquellos que recurren a su intercesión.

María es la dispensadora de todas las gracias y también Madre de los que

le suplican favores. Madre de los miserables, de los afligidos, de quienes casi perdieron la esperanza, a los cuales reanima, y hace reencender en sus corazones la llama de la fe.

Basta considerar una imagen de Nuestra Señora de las Gracias para que comprendamos cuánto ese título expresa el cariño materno de María en relación con nosotros. Nos acoge de brazos abiertos, la sonrisa en los labios, impregnada de una invitación amorosa para que nos acerquemos y convivamos un poco con Ella. Nos envuelve con una afabilidad y una promesa de perdón sin límites, insondable. Y nos hace oír en el fondo del alma su voz cariñosa: «Me tienes a mí, soy enteramente tuya. Y a causa de ello todos los caminos hacia el Cielo te son flanqueados...». ♦

*Extraído, con pequeñas adaptaciones,
de la revista «Dr. Plinio». Año VIII.
N.º 92 (nov, 2005); pp. 18-25.*

¹ Colegio de los Salesianos contiguo a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, localizado en el barrio de los Campos Elíseos, de São Paulo.

² Cf. MOLAINÉ, Pierre. *L'itinéraire de la Vierge Marie*. Paris: Corrêa, 1953.



Reproducción

SANTA HILDA DE WHITBY

Madre y maestra de los ingleses

La persecución y las tristezas sufridas desde su más tierna infancia hicieron que su alma fuera fuerte y audaz, pero sin brutalidad, sabia, sin mancha de soberbia, y la dotaron de un corazón cariñoso para con los suyos.

Giuliana D'Amaro



Al contemplar las paredes semiderruidas de la famosa abadía de Whitby, Inglaterra, nos vienen a la memoria las palabras que el Prof. Plínio Corrêa de Oliveira escribió como epígrafe de su vida: «Cuando aún era muy joven consideré con admiración las ruinas de la cristiandad; a ellas entregué mi corazón, di la espalda a mi futuro e hice de aquel pasado cargado de bendiciones mi porvenir».¹

En efecto, la grandeza noble, altanera y silenciosa de ese edificio severamente castigado por el transcurso de los siglos parece que nos susurra en lo hondo de nuestro corazón la presencia de un «pasado cargado de bendiciones». Y entre los ejemplos de virtud que marcaron de manera indeleble el antiguo centro monástico se encuentra la persona de Santa Hilda.

Modelo de mujer fuerte, energética, llena de sabiduría profética, consultada como oráculo por los más entendidos y oída por los más poderosos, hizo honor a su nombre, que en distintas lenguas significa «batalla», «la heroína» o «la mujer guerrera».² Pero fue, al mismo tiempo, madre y

guía espiritual en una sociedad en la que la ley de la fuerza imperaba en las costumbres.

Luz ocultada por la sombra de la persecución

Por los relatos de San Beda el Venerable sabemos que Hilda nació en el año 614. Fue hija de Hereric, príncipe de Deira, primitivo reino localizado en el nordeste de la actual Inglaterra, y de su esposa Breguswita.

El noble matrimonio se vio obligado a huir de la ferocidad de Etelfrido, gobernante del vecino reino de Bernicia, que después de usurpar el trono, como solía ocurrir entre aquellos pueblos «amantes del poder obtenido por la violencia»³, procuraba exterminar a los legítimos herederos. En consecuencia, Hereric se refugió en Elmet, pequeño reino situado en el actual condado de Yorkshire.

La misión de las almas providenciales muchas veces empieza en el vientre materno, y es lo que sucedió con nuestra santa. Cierta noche, Breguswita soñó que le arrebataron repentinamente a su marido y, aunque lo buscó con ahínco, no halló ningún

rastro de él. Cansada y afligida tras una ansiosa búsqueda, encontró de pronto debajo de su vestido un precioso collar, el cual parecía brillar con tal esplendor que iluminaba todo el país.⁴

De hecho, poco tiempo después Hereric fue traicioneramente envenenado en la corte de Elmet por agentes de Etelfrido. Así pues, Hilda vino al mundo ya huérfana. Sus primeros años pasarían en la sombra de la persecución, esperando el momento en que su luz pudiera iluminar la tierra.

Infancia en el exilio

La infancia de Hilda transcurrió en el paganismo. En aquellos comienzos del siglo VII la isla que hoy conocemos como Inglaterra estaba colonizada por los anglos, sajones y jutos. Cada uno de estos pueblos seguía sus propias prácticas y creencias religiosas. Sin embargo, había en el sur algunos reinos recientemente cristianizados y la vecina Irlanda era una «tierra de santos».

Seguramente la niña habría oído hablar de las devastaciones que Etelfrido perpetraba contra los herederos del trono de Deira, de las penurias y

dificultades que su tío abuelo, Edwin, exiliado en el reino de Anglia Oriental, soportaba para huir de un asesinato inminente e incluso la narración de cierto acontecimiento misterioso por medio del cual este pariente suyo habría recibido la promesa de un futuro auspicioso para su familia.

Edwin, pagano como todos los suyos, tuvo conocimiento por medio de una visión de la existencia de un único Dios, a quien debería servir. Se le apareció un varón cubierto de llagas y coronado de espinas, pero luminoso, que le prometía librarlo de las angustias que sufría, combatiendo a sus enemigos; le garantizaba la corona que por derecho y justicia le pertenecía en esta tierra y otra corona, impermecedera, después de la muerte.

De hecho, Etelfrido fue derrotado y asesinado contra todo pronóstico por el rey de Anglia Oriental, el cual puso a Edwin en el gobierno de Northumbria, reino formado por la unión entre Deira y Bernicia. Todos sus familiares, entre ellos la pequeña Hilda, pudieron entonces regresar del destierro.

Fuerte sin brutalidad, sabia sin soberbia

Un tiempo después, Edwin contrajo matrimonio con Santa Etlburga, princesa de Kent. Ella fue el elemento elegido por Dios para hacer que la luz de la fe brillara en aquellas tierras. La futura reina llevó consigo a San Pau-lino, enviado de Roma en las llamadas misiones gregorianas, y este fue evangelizando poco a poco al rey Edwin y a la nobleza northumbriana. En la Pascua del año 627 el monarca recibía, junto con toda la corte, el sacramento del Bautismo.

Tras seis años de floreciente reinado, Edwin recibió la corona de gloria impermecedera que le había sido prometida: dos gobernadores paganos de otros reinos de Gran Bretaña, Cadwallon de Venedocia y Penda de Mercia, invadieron Northumbria y

asesinaron al rey en el campo de batalla, destruyendo la paz que Cristo había hecho triunfar en la región.

Una vez más, huyendo de la muerte, Hilda se refugió en la corte de Kent, acompañando a Santa Etlburga. Durante ese período los horrores de la guerra, la persecución y las tristezas del exilio fueron los instrumentos utilizados por Dios para modelar su alma, haciéndola fuerte y audaz, pero sin brutalidad, sabia, sin mancha de soberbia, y dotándola de un corazón tan cariñoso que «todos los que la conocían solían llamarle madre, como muestra de su piedad y gracia»⁵.

San Aidano se instala en Northumbria

Mientras tanto, Dios trabajaba de modo invisible los acontecimientos a fin de preparar para sí un reino de ángeles en la tierra de los anglos, tal como el gran San Gregorio había vislumbrado: «*Non angli, sed angeli si cristiani*», habría afirmado al contemplar a miembros de ese pueblo en Roma por primera vez.

Al tomar conocimiento de la muerte de Edwin y de que la corona northumbriana había sido usurpada por Cadwallon, Oswaldo, hijo del rey Etelfrido, organizó un pequeño ejército y, confiando en la ayuda de Dios, marchó contra los invasores y los derrotó. Al asumir el trono como rey legítimo, hizo que regresaran a Northumbria los nobles exiliados. Hilda era ya una joven de 21 años.

Años antes, cuando Oswaldo huyó a Escocia con su madre y sus hermanos, la familia entera se había convertido a la fe católica y la educación de los niños fue confiada a los benedictinos del monasterio de Iona, fundado por San Columba. Al haberse vuelto un fervoroso católico, lo primero que hizo el nuevo monarca fue pedir el auxilio de los monjes de esa abadía para evangelizar el reino, pues el pueblo había abandonado el cristianismo durante el dominio pagano.

Así fue cómo el monje irlandés San Aidano y algunos compañeros de la famosa abadía escocesa llegaron a Northumbria y fundaron un monasterio en la isla de Lindisfarne, que sería el foco de evangelización de todo el norte de Inglaterra. El propio rey les servía de intérprete, ya que ese santo benedictino conocía poco el inglés, y juntos recorrieron las vastedades del reino predicando, bautizando y denunciando los vicios que imperaban en la sociedad.

San Aidano «nunca enseñó nada que él mismo no practicara».⁶ Con su ejemplo movió a la santidad a numerosas almas, entre ellas la de Hilda, que enseguida se sintió atraída por la fuerza de su personalidad.

Nueva abadesa de Hartlepool

Al convivir de cerca con el santo varón y admirar su virtud, comprobada en todos los ambientes, «Hilda



Reproducción

Siendo aún pagano, el rey Edwin tuvo conocimiento por medio de una visión de la existencia de un único Dios, a quien debería servir

El rey Edwin, por Henry Victor Milner - Sledmere (Inglaterra). En la página anterior, Santa Hilda de Whitby, por Archibald Keightley Nicholson - Bradford (Inglaterra)

decidió servir sólo a Dios en la vida religiosa»⁷. Sin embargo, no había ningún monasterio en el reino donde ella pudiera ingresar y por eso pensó en imitar a su hermana, que vivía en el convento de Chelles, Francia.

La tradición cuenta que estuvo un año preparándose para el paso que daría; no obstante, San Aidano le envió un mensaje en el que le indicaba que su vocación no se cumpliría en la *feliz Francia*, sino en la turbulenta Northembria... Sin dudarlo un instante, Hilda renunció al propósito cultivado a lo largo de meses y se puso a disposición de su director. Contaba 33 años en esa época.

Reza el viejo adagio que «nadie se hace grande de repente» y en lo que respecta al plano espiritual esta verdad se verifica de modo eminente: el inicio de la vida religiosa de Hilda fue tan modesto que ni siquiera el nombre de su primer monasterio pasó a la Historia. Solamente se sabe que San Aidano le proveyó un terreno donde, en una pequeña construcción, abrazó la disciplina religiosa junto con algunas compañeras.

Poco a poco, cautivadas por la perseverancia y por el ejemplo de amor a Dios que emanaba del monasterio, otras muchas jóvenes decidieron seguir el camino de perfección principiado por Santa Hilda. Tiempo des-

pués San Aidano trasladó a las religiosas a un monasterio en Hartlepool, cuya abadesa era Santa Bega.

De origen igualmente principesco, esta santa irlandesa se hizo gran amiga de Hilda, la cual aprendió mucho con ella sobre la vida consagrada. No obstante, enseguida quedó claro que la vocación de Santa Bega era de índole más contemplativa y austera. Por eso se marchó a una ermita y dejó a Hilda como abadesa del monasterio.

Whitby, fruto de una promesa

Mientras Hilda progresaba ejerciendo con sabiduría el cargo de abadesa, Northumbria era atormentada una vez más por la guerra, ahora, tristemente, entre católicos.

Con la muerte de Oswaldo el reino se dividió de nuevo, quedando su hermano Osvio a cargo de Bernia —donde se encontraba el monasterio de Hilda—, mientras que Osvino, primo de Edwin, se convertía en rey de Deira, donde San Aidano desarrollaba una floreciente misión apostólica.

Ahora bien, a propósito de un desentendimiento entre los dos soberanos, Osvio envió emisarios para matar secretamente a Osvino. La noticia de que un rey bautizado fuera el autor de tal crimen resultó demasiado cruel para San Aidano, que vino a fallecer once días después que el

monarca. Hilda perdió así a su guía y consejero. Sin embargo, supo ofrecer con resignación este sacrificio que la Providencia le pedía. Del holocausto de su amor filial surgiría el legado más valioso de su obra.

El rey Osvio, al verse amenazado por el feroz pagano Penda, le ofreció a Dios doce terrenos para la fundación de monasterios en reparación por su pecado y le prometió consagrarse la vida de su pequeña hija, Eanfleda. Y salió victorioso contra un ejército treinta veces superior al suyo.

Fruto de esa promesa fue la abadía de Whitby, de la cual santa Hilda había sido elegida abadesa y en la cual pasó a vivir la pequeña princesa, tan sólo con un año de edad.

Whitby pronto se convirtió en el centro de la cristiandad en Gran Bretaña. La comunidad se componía de monjes y monjas, con dependencias separadas para los dormitorios y un único punto común, la iglesia.

También había una completa separación entre el noviciado y la abadía. Mantener la vida comunitaria entre personas dotadas de carácter tan independiente y bélico requería una previa purificación de las mentalidades y costumbres de los futuros monjes. Santa Hilda lo consiguió de tal forma que «los que salieron de su monasterio para servir a las almas



San Aidano trasladó a las religiosas del modesto convento primitivo a la abadía de Hartlepool; de aquí marchó Santa Hilda para fundar el monasterio de Whitby

A la izquierda, la iglesia edificada en el siglo XII sobre el antiguo monasterio de Hartlepool; a la derecha, las ruinas de la abadía de Whitby

eran personas excepcionalmente equilibradas»⁸.

Una renuncia amorosa y obediente

En el 664, una discrepancia con relación a la fiesta de la Pascua, celebrada en fechas diferentes por los cristianos adeptos de las tradiciones celtas y los que seguían las costumbres de Roma, llevó al rey Osvio a convocar un sínodo en la abadía de Whitby.

Las tradiciones cristianas celtas, fruto del apostolado fecundo de San Patricio y San Columba, fueron llevadas a Northumbria por los monjes de Iona. Los partidarios de esas tradiciones afirmaban que la Pascua era celebrada por ellos en la misma fecha en que, según creían, el propio San Juan Evangelista lo había hecho. Pero otros reputaban indispensable adoptar el calendario de la Iglesia de Roma, ya que solamente allí se encontraba el poder de las llaves.

Tal argumento en favor de la prerrogativa del poder papal era irrefutable y ninguno de los presentes se oponía a la autoridad del Sumo Pontífice. Así, al final del sínodo, el rey Osvio tomó la decisión de adoptar las costumbres romanas y esto implicaba también cambios en la estructura eclesiástica de Northumbria.

Aun amando hasta el fondo de su alma las costumbres celtas, Santa Hilda no se opuso a las nuevas determinaciones y las acató con verdadera humildad y obediencia. No obstante, le causó mucho sufrimiento que los monjes de Iona, descontentos



Aun amando hasta el fondo de su alma las costumbres celtas, Santa Hilda acató las determinaciones del sínodo

Sínodo de Whitby, por James Powell Blakeney (Inglaterra)

con el resultado del sínodo, regresaron a Escocia.

Magnánima hasta en la hora de la muerte

Antes de que Santa Hilda finalizara su larga caminata terrenal, quiso Dios enviarle una última purificación por la cual «su virtud se perfeccionaría en la debilidad»⁹. A lo largo de seis años, padeció una enfermedad que le produjo fiebres horribles. Con todo, no se dejó abatir siquiera un momento por las penas que sufría e incluso en su lecho de dolor administró y dirigió los asuntos de la abadía y del recién fundado monasterio de Hackness con toda diligencia.

Finalmente, la noche del 17 de noviembre del 680, tras haber recibido el

viático, Santa Hilda marchó hacia la eternidad en la alegría del deber cumplido. Su muerte sólo fue presenciada por algunos, pero conocida místicamente en las dependencias del noviciado, donde una religiosa que la amaba profundamente oyó las campanas en mitad de la noche y vio a su madre espiritual entrar en el Cielo. También Santa Bega tuvo una visión de su noble amiga en la que era llevada en gloria por los ángeles hacia el Paraíso.¹⁰

La piedad y la tradición locales recuerdan diversos milagros obrados por la intercesión de Santa Hilda. Entre los más conocidos está la petrificación de venenosas víboras que habían infestado las proximidades de la abadía durante su fundación.

Cien años después de su muerte, bárbaros daneses invadieron Northumbria y destruyeron la antigua abadía. Y, tras dos siglos de silencio, los cánticos volvieron a resonar nuevamente en el lugar, en la nueva abadía benedictina allí levantada en honor de San Pedro.

La abadía de Whitby fue uno de los primeros centros monásticos clausurados por orden de Enrique VIII, en 1540. El tiempo la convirtió en un edificio en ruinas. Durante la Primera Guerra Mundial sufrió un bombardeo del ejército alemán y hoy solamente quedan en pie algunas paredes. Sin embargo, el nombre de Hilda, guerrera y madre de la cristiandad anglosajona, consta como tal en el Libro de la Vida del Cordero y con Él brillará por toda la eternidad. ♦

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Meio século de época anticomunista*. São Paulo: Vera Cruz, 1980.

² Cf. BROWN, H. E. *For God Alone*. Phoenix: Leonine, 2016, p. 2.

³ SIMPSON, Ray. *Hilda of Whitby. A spirituality for now*. Abingdon: The Bible Reading Fellowship, 2014, p. 9.

⁴ Cf. SAN BEDA EL VENERABLE. *The Ecclesiastical History of the English Nation*. L. IV, c. 23. Oxford-London:

James Parker and Co., 1870, pp. 345-346.

⁵ Ídem, p. 345.

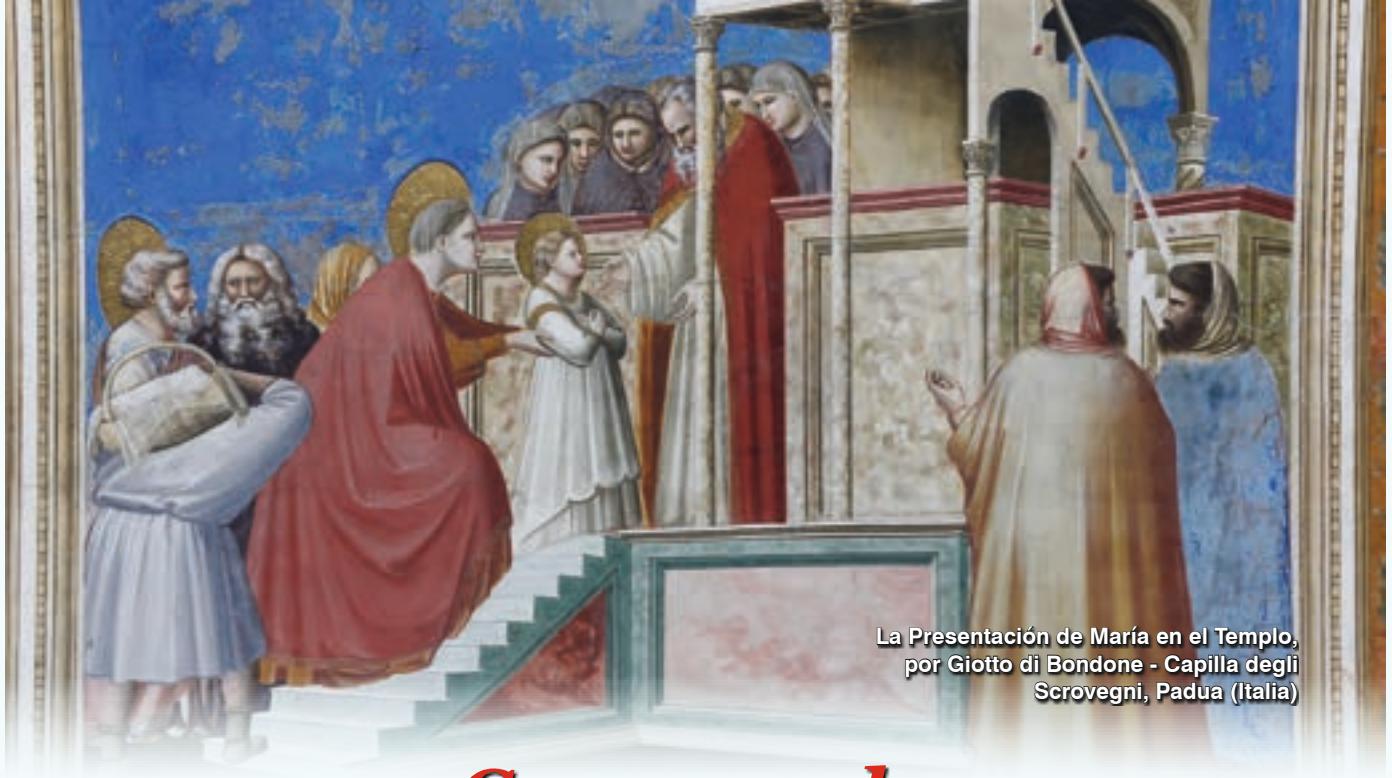
⁶ BENEDICTINES. *Virgin Saints of the Benedictine Order*. London: Catholic Truth Society, 1903, p. 7.

⁷ BROWN, op. cit., p. 3.

⁸ ELLISON, Clare. *Saint Hilda of Whitby*. Farnworth: The Catholic Printing Company, 1964, p. 9.

⁹ SAN BEDA EL VENERABLE, op. cit., p. 346.

¹⁰ Cf. Ídem, pp. 347-348.



**La Presentación de María en el Templo,
por Giotto di Bondone - Capilla degli
Scrovegni, Padua (Italia)**

Consagrada al servicio del Templo

La pequeña María estaba radiante de alegría al saber que aquel día sería consagrada al servicio de Dios. Su entrega como ofrenda inmaculada, hecha por Joaquín en las manos de Simeón, clamaba por la venida del Mesías esperado.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Un viaje de Nazaret a la Ciudad Santa duraba tres o cuatro días. Era corriente que en cualquier época del año los caminos de Israel estuvieran frecuentados por familias o grupos de peregrinos que subían a Jerusalén o que de allí regresaban.

Con la atención siempre puesta en el futuro Mesías y en su Santísima Madre, de quien quería ser su esclava, María iba contemplando durante el trayecto aldeas y paisajes, los cuales años más tarde serían recorridos por el divino Salvador anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Bien por el análisis sapiencial de la realidad

geográfica, social y religiosa que tenía ante sus ojos, bien por una iluminación interior o incluso auxiliada por alguna visión, la Niña iba componiendo en su mente los episodios que en esos lugares se llevarían a cabo: aquí Él curaría a un leproso, más allá le devolvería la vista a un ciego, en otro sitio se enfrentaría a los pérvidos fariseos, más adelante instruiría a sus discípulos... La simple meditación de esas escenas abrasaba aún más su Corazón con el deseo de la venida del Enmanuel y de la Redención del género humano.

Fatigados por el largo viaje, llegaron finalmente a Jerusalén cuando

el sol empezaba a ponerse en el horizonte. Después de instalarse, San Joaquín le comunicó la gran noticia: al día siguiente, a primera hora de la mañana, se dirigirían al Templo para la ceremonia en la cual Ella sería ofrecida al Señor.

Subiendo al Templo

Habiéndose despertado con los primeros rayos de la aurora y concluidos los últimos preparativos, el santo matrimonio se encaminó hacia el Templo llevando consigo a la pequeña María. Andaba radiante de alegría al saber que sería consagrada al servicio de Dios aquel día, pues su único

y gran deseo siempre había sido este: convertirse en esclava del Señor.

La Virgen vestía una linda túnica de color lila adornada con delicados brocados, usaba sandalias de cuero y llevaba un velo que permitía ver las extremidades un poco onduladas de su cabello castaño claro. Caminaba en silencio, con mucha compenetración y modestia, llevada de la mano de Santa Ana mientras subían las escaleras. San Joaquín, por su parte, sujetaba una jaula con dos gorrióncillos, y los seguían algunos criados que cargaban con el ajuar y otras pertenencias de María.

Al ingresar en el Templo, los tres se arrodillaron y rezaron en silencio: San Joaquín se encontraba un poco más adelante e impetraba gracias para el acto de entrega de su hija que en breve se realizaría; Santa Ana y la Niña se quedaron un poco más atrás y lo seguían recogidas. Aunque también había otras familias en ese primer atrio, el ambiente estaba muy tranquilo, sin alboroto ni tumulto.

Tras concluir esa súplica al Señor, el santo matrimonio se dirigió con María a otro atrio más concurrido y, habiendo cruzado algunos salones, llamaron a una enorme puerta de dos hojas. En pocos instantes una joven, vestida con una túnica bermejillón y velo blanco, los atendió y gentilmente les pidió que esperaran un momento. Regresó un poco después con dos sacerdotes: el sumo sacerdote de aquel año, anciano de carácter pésimo, y el sacerdote Juan, el cual, entre otras responsabilidades, supervisaba la formación de las doncellas del Templo, función ejercida más concretamente por algunas mujeres mayores y experimentadas.

Ambos sacerdotes ya sabían de qué se trataba, y el sumo sacerdote no lograba ocultar su descontento y malestar al verlos. Dirigiéndose a San Joaquín, intentó disuadirlo de su propósito alegando que María era aún muy pequeña y no se adaptaría a

las reglas y régimen de vida del Templo. En realidad, trataba de disimular su antipatía, pues había intuido confusamente que la presencia de aquella Niña no aportaba buenos presagios para su facción.

El sacerdote Juan, por el contrario, se encantó con Nuestra Señora y sintió, en aquel breve contacto, un misterioso nuevo vigor de todas sus esperanzas mesianicas. Como supervisor de su formación, se comprometió ante sus santos progenitores a cuidar de María y añadió que, por su mirada, percibía que Ella no sólo estaba preparada para soportar la disciplina del Templo, sino que también tenía mucho que enseñarles a sus compañeras.

*Ambos sacerdotes
ya sabían de qué
se trataba, y el
sumo sacerdote
no lograba ocultar
su descontento
y malestar*

Al terminar esa rápida conversación en la puerta, San Joaquín le entregó a María la jaula con los dos gorrióncillos y Ella, a su vez, la presentó al sumo sacerdote. Se trataba de un ritual seguido por todas las doncellas que ingresaban en el servicio de Dios: los dos pajaritos significaban su libertad y castidad, consagradas al Templo por las manos del ministro sagrado.

Tras este breve acto el sumo sacerdote se despidió. El sacerdote Juan los condujo por la puerta a una sala secundaria, similar a una capilla bien espaciosa, situada en un área más recóndita del Templo y reservada a los sacrificios e inmolaciones más im-

portantes. Allí los esperaba Simeón, el cual oficiaría la ceremonia de presentación de María, acompañado por las maestras y doncellas que participarían en ella.

El rito de la presentación

El matrimonio entró en cortejo con la Niña desde el fondo de la sala hasta cerca del sacerdote. Entonces San Joaquín tomó la palabra y pronunció una oración compuesta improvisadamente:

—En este momento, Señor, ofrecemos nuestro más precioso tesoro, nuestra querida hija, María. Os la entregamos, pues merecéis lo que de mejor tenemos y que nos ha sido dado por Vos mismo. Que ella, al entrar en vuestro servicio en este lugar sagrado, camine inmaculada en vuestra presencia, sin que sus pasos jamás se devíen de vuestra santa voluntad.

Todavía ante Simeón, guía espiritual de la familia desde los tiempos de sus nupcias, San Joaquín hizo la solemne entrega de su hija al cuidado del sacerdote Juan, diciéndole a ella:

—Hija mía, te entrego a este hijo de Leví para que seas ofrecida al Señor, a fin de que le sirvas a Él todos los días de tu vida. Sé una ofrenda inmaculada al Dios de nuestro pueblo y que Él nos visite con la venida del Mesías esperado.

De ese modo Juan quedaba, ante Dios, con la responsabilidad de velar por la formación de María y de protegerla durante su permanencia en el Templo, aunque Simeón fuera propiamente su padre espiritual. El joven sacerdote se dedicaría a esa misión con refinado celo y todas las energías de su alma, bajo la orientación de Simeón. ♦

*Extraído, con pequeñas adaptaciones, de:
«Maria Santíssima! O Paraíso de
Deus revelado aos homens». São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. II, pp. 127-133.*

«Decidí suplicar la intercesión de doña Lucilia»

Dificultades en las relaciones con un amigo, enfermedades repentinas, problemas con el alquiler... Variados son los favores obtenidos por la intercesión de Dña. Lucilia, bondadosísima madre que no desampara a quien a ella recurre en su día a día.



Elizabeth Fátima Talarico Astorino

Mientras vivió en esta tierra, Dña. Lucilia siempre se compadeció del prójimo, tratando de resolver con diligencia los problemas de quien a ella recurrió. Hoy, desde la eternidad, continúa siendo una incansable protectora de los más necesitados de auxilio.

Basta depositarle en sus manos con confianza filial algún percance para sentir la acción benéfica de esta sólita intercesora. Y, si variados son los favores recibidos por su intermedio, una característica común marca a todos ellos: la forma suave y materna con que las situaciones son resueltas.

«Cuando supliqué la intercesión de Dña. Lucilia tuve una enorme confianza»

Así nos describe el Prof. Edson Luiz Sampel, docente de la Facultad de Derecho Canónico San Pablo Apóstol, de la archidiócesis de São Paulo, lo que le ocurrió el pasado mes de agosto:

Preocupado al notar cierta frialdad por parte de uno de sus amigos, el Prof. Sampel no sabía qué hacer para remediar la situación, que desde ha-

cía ya unos días le venía causando mucha inquietud e inseguridad: «Estaba exasperado conmigo, por motivos que desconozco, e incluso me bloqueó en WhatsApp. Parecía que se encontraba de veras molesto, decepcionado, nervioso y confuso. Esta circunstancia me provocó amargura, pues tengo la tendencia psicológica de potenciar las desavenencias, e imagino enseguida mil y una cosas ruines».

Entonces puso el caso en manos de Dña. Lucilia con el fin de que se resolviera esta incomprensible discordia: «Durante una semana, al re-

zar el Rosario, pedí la intercesión de Dña. Lucilia, mirando una foto suya que aparecía en una página de la revista de los Heraldos».

Aprovechó también para pedir en sus oraciones por la salud del suegro de su hermano que, con sus 90 años, se encontraba en una situación delicada: «Ya en el primer día, al final de la primera decena del Rosario, supliqué por el suegro de mi hermano, diciendo: "Dña. Lucilia, ruega por...". Los otros días, hasta el sábado, imploré su intercesión por mi amigo».

Y, para su sorpresa, enseguida fueron atendidas sus súplicas: «Mi hermano estuvo en casa y me dijo que su suegro había mejorado bastante, volviendo incluso a andar. Mi amigo me mandó un mensaje por WhatsApp. ¡Estaba yo super contento! Conversamos como si nada hubiera pasado. Y, ese mismo día, mi cuñada también me confirmó que su padre, el suegro de mi hermano, estaba mucho mejor de salud».

Agradecido por los favores obtenidos, Edson afirma: «Cuando decidí suplicar la intercesión de Dña. Lucilia tuve una enorme confianza. Que María Santísima y Dña. Luci-

«Al rezar el Rosario, pedí la intercesión de Dña. Lucilia, mirando una foto suya que aparecía en una página de la revista de los Heraldos»

lia rueguen a Jesús por todos los Heraldos del Evangelio. Amén».

«Tres meses pagando únicamente los gastos comunitarios»

También desde São Paulo nos escribe Dayane dos Santos Pinhal. Estaba pasando por dificultades económicas y buscó auxilio en Dña. Lucilia. Al haber sido escuchada ha querido dar a conocer, con mucha alegría, cómo se benefició de su generosa protección.

Su familia dependía del alquiler de un inmueble que posee en el municipio de Mauá para pagar el piso en el que reside en el barrio Pedra Branca, en la zona norte de São Paulo. Pero se encontraba en una difícil situación, porque el inquilino de su vivienda le acababa de informar de que se mudaría a otra casa.

Al no tener otra fuente de ingresos, se vería obligada a volver a Mauá, lo que entorpecería los estudios de su hija y otros compromisos. Por eso Dayane no lo dudó:

«Rezamos mucho a Dña. Lucilia porque no queríamos regresar a Mauá de ninguna manera. Conversé con el dueño del piso y le expliqué la situación. La primera gracia, entonces, fue que dejó que me quedara durante tres meses pagándole únicamente los gastos comunitarios».

«No desampara a ninguno de sus hijos»

La situación, sin embargo, no se había resuelto. Era necesario que consiguiera enseguida un inquilino para su inmueble.

«Pasados los tres meses, continuó la prueba, porque no había conseg-



Reproducción

Dayane, con toda su familia, sujetando un cuadro de Dña. Lucilia

«Cerramos el contrato de la casa de “ojos vendados”, en la confianza de que Dña. Lucilia no iría a abandonarnos»

guido alquilar de ninguna forma la vivienda de Mauá. En agosto, pues, ya decididos a volver allí, empezamos a tomar providencias. Pero yo no me conformaba. Y decía: «No, Dña. Lucilia no va a dejar que eso ocurra, no es posible. ¿Cómo me ha traído hasta aquí y ahora voy a tener que volver?».

A esa altura, una circunstancia inesperada alteró los planes de Dayane: «Un día me mostraron una casa que era más barata que el piso en el que estaba viviendo. Entonces cerramos el contrato de la casa de “ojos vendados”, en la confianza de que

Dña. Lucilia no iría a abandonarnos».

Tras ese osado acto de confianza en su celestial intercesora, Dayane hizo esta súplica: «Me arrodillé delante de un cuadrito suyo, encendí una vela y le dije: “Dña. Lucilia, usted resuelve el caso de todo el mundo, usted no va a desamparar a una hija suya! Por favor, le pido que le ruegue al Sagrado Corazón de Jesús para que yo consiga alquilar la vivienda de Mauá, porque estoy mudándome a una casa más barata con la certeza de que usted no me va a desamparar. ¡Lo que estoy haciendo es una locura más grande! Estoy asumiendo una deuda sin alquilar la vivienda y sin saber si voy a poder alquilarla. ¡Ayúdeme entonces!».

«Eso fue a las ocho de la mañana. Recé el Rosario llorando, pidiéndole esa gracia, con la certeza de que no iba a abandonarme, porque ya había cerrado el contrato de la casa y no tenía ingresos para pagar esa cantidad».

Sus oraciones no tardaron en ser escuchadas y a las ocho y veinte de la mañana recibió una llamada de la inmobiliaria con la siguiente noticia:

«A una persona le había gustado mucho mi vivienda a pesar de que no la había visitado, sólo la vio en fotos, y probablemente cerraría el contrato. Ese fue el milagro: ese mismo día esa persona entró en contacto diciendo que se quedaría con el piso. En la época en que yo estaba arreglando la casa, la llené de fotos suyas, pidiendo su ayuda para que apareciera un inquilino. Por lo tanto, tengo la certeza de que fue Dña. Lucilia la que obtuvo esa gracia. No desampara a ninguno de sus hijos».

«Mi esposo entró en desesperación, quedó atemorizado»

Un relato más de un favor alcanzado por intermedio de Dña. Lucilia nos ha sido enviado por María de Fátima Silvino Maro y su marido, Emanuel Nazareno da Silva Santos, de Miracatu, estado de São Paulo.

«En el 2014 mi esposo tuvo problemas de salud. Estaba sintiendo algunas molestias y cuando fue al médico éste le pidió exámenes de rutina, entre ellos uno del PSA, que diagnostica el cáncer de próstata».

Al llegar los resultados de los análisis «el médico se asustó y dejó también a mi esposo muy asustado. Por su edad, el índice era muy elevado, más del doble de lo normal. Y el doctor dijo que tenía un cáncer terminal, sin cura».

Ante la trágica noticia el matrimonio quedó muy abatido: «Mi esposo entró en desesperación, quedó atemorizado, sin saber qué hacer».

Unos días después María de Fátima y Emanuel les dieron la noticia a sus hijas, en aquella época estudiantes del Colégio Arautos do Evangelho.

«Cuando llegaron a casa, a pesar de que estábamos muy nerviosos, hablamos con ellas. Los cuatro lloramos mucho. Pero en medio de toda esa aflicción, una de las hijas solamente dijo: “Papá, no te preocupes, ten confianza. Ahora tenemos a Dña. Lucilia, ella va a interceder por ti, basta que pidas con fe. Ella nos va a ayudar”. Entonces sacó de su mochila escolar esa foto que es conocida y me la entregó diciéndome: “Mamá, rézale a Dña. Lucilia para que cure a papá”».

Y, a pesar del gran abatimiento de Emanuel, María de Fátima con-

fió en que la señora del cuadrito iría a remediar la situación: «Yo, en mi fe, cogí aquella foto de Dña. Lucilia y la puse entre la funda y la almohada de él. Cada vez que le cambiaba la funda volvía a poner la foto de nuevo».

«Gracias a Dña. Lucilia hoy mi esposo está curado»

Poco a poco se fue calmando y la característica paz que esa bondadosa dama irradiaba fue haciéndose cargo de la situación:

«Nos fuimos tranquilizando con el paso de los días y buscamos un urólogo para que le hiciera una mejor valoración. Cuando llegamos a

«Cogí la foto y la puse entre la funda y la almohada de él. Cada vez que le cambiaba la funda volvía a poner la foto de nuevo»

la consulta, el médico conversó calmamente con mi esposo, diciéndole que podía ser un error del laboratorio, pero que si fuera una enfermedad debería tener paciencia, porque para todo había solución».

Enseguida, algo parecía que había cambiado en su cuadro clínico: «El médico ya inició un tratamiento, recetó algunos medicamentos para aliviar los dolores y programó nuevos exámenes».

Doña Lucilia había atendido las oraciones hechas por las hijas y la esposa de Emanuel: «Aquel índice disminuyó. Y el médico pensó que tal vez no fuera cáncer, sino una inflamación acentuada. Y siguió con el tratamiento».

Tras cada examen «esas cifras iban disminuyendo, disminuyendo, disminuyendo... y terminó, gracias a Dios. Gracias a la intercesión de Dña. Lucilia hoy mi esposo está curado. Realiza un examen de rutina todos los años y ya no aparece nada».

«La luz se había ido, pero el cuadro-lamparita permaneció encendido»

Prueba de que la acción de Dña. Lucilia tiene por objetivo más pacificar el alma que resolver un problema concreto terreno, es lo que sucedió en casa de Fátima Doná, también de São Paulo.

Narra ella: «Una vez se fue la electricidad en mi casa, así como en las demás residencias cercanas, pero un cuadro luminoso de Dña. Lucilia que tengo en mi salón no se apagó. Los aparatos electrónicos no estaban funcionando. Todo estaba oscuro en mi casa, y en la calle no había iluminación alguna, sin embargo, ese peque-



María de Fátima con su esposo y sus hijas en una casa de los Heraldos

ño cuadro-lamparita con la foto de Dña. Lucilia permanecía encendido. Estaba conectado directamente al enchufe, no tenía pilas que lo mantuviera en funcionamiento».

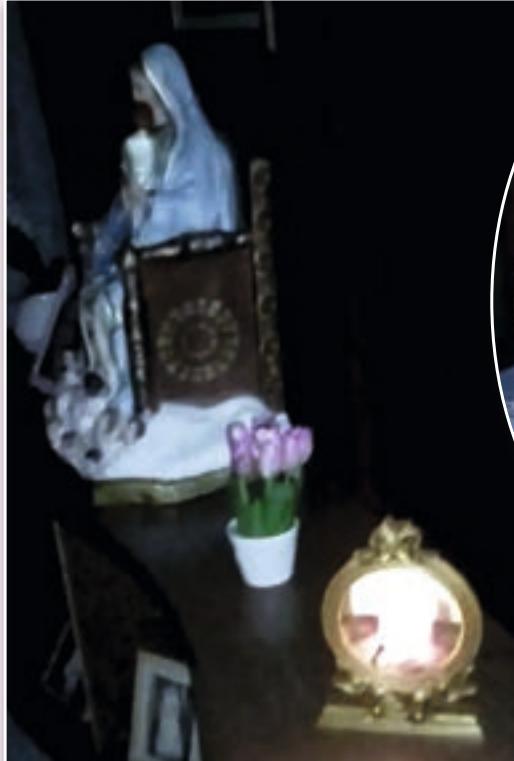
Y concluye: «Creo que lo ocurrido ha sido una señal de cómo ella permanece siempre junto a nosotros. Aun cuando todo quede a oscuras, incluso sin que nada “funcione”, ella sigue sonriendo y escuchándonos, dispuesta a ayudarnos».

A través de este simple hecho, Fátima pudo confirmar, como tantas otras veces a lo largo de su vida, que en cualquier circunstancia y dificultad Dña. Lucilia está iluminando su camino, conduciéndola hacia el bien junto al Sagrado Corazón de Jesús.

* * *

Dadivosa para con todos, la señora del cuadrito se ha revelado una verdadera madre dispuesta a auxiliarnos siempre. Para recurrir a su intercesión no es necesario pasar por

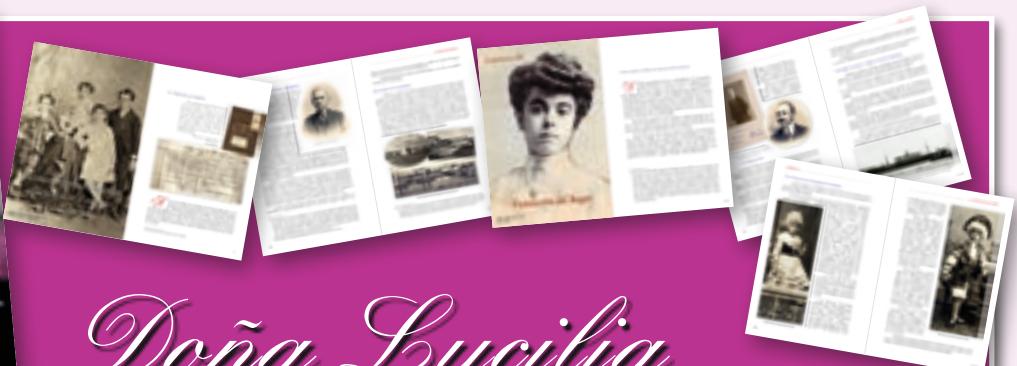
grandes dramas o dificultades insuperables. Ella escucha, ayuda y acaricia incluso ante pequeños obstáculos, inseguridades y preocupaciones cotidianas. ♦



Captura de un vídeo en el cual se muestra la casa a oscuras y el cuadro-lamparita encendido. En el destacado, el cuadrito iluminado



«Una vez se fue la electricidad en mi casa, pero un cuadro luminoso de Dña. Lucilia que tengo en mi salón no se apagó»



Donña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira,
escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44
o a través de correo@salvadmereina.org



Ignacio Doria



España – Mons. Francisco Cerro Chaves, arzobispo de Toledo, visitó la comunidad de los Heraldos del Evangelio de Camarenilla y presidió una Misa en sufragio de las almas de los fallecidos durante la pandemia. Lo acompañaban el párroco, D. Ignacio del Moral, y el vicario episcopal para la Vida Consagrada, D. Raúl Muelas Jiménez.

Ronny Fischer



México – El 7 de septiembre numerosas familias se consagraron a la Virgen, presencialmente o por internet, durante la Misa celebrada por el P. Javier Pérez Beltrán, EP, en la parroquia de Santa María de Guadalupe Capuchinas, anexa al santuario. Después hubo adoración eucarística y rezo del Rosario.

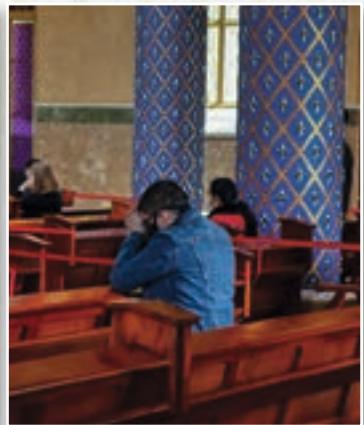
Ismail Fuentelba



Paraguay – Misioneros heraldos llevaron a la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima al Hospital Nacional de Itauguá, el 23 de septiembre. El P. Manuel Rodríguez Sancho, EP, administró los sacramentos a los que se lo pidieron, y fue especialmente contemplada en el recorrido la unidad de contingencia Covid-19.



Italia – Una procesión pidiendo la maternal protección de María para las víctimas del Covid-19 se llevó a cabo en los alrededores del santuario mariano de Borbagio, de Mira. Y, en las proximidades de Roma, misioneros heraldos distribuyeron víveres entre las familias más necesitadas de la villa Maglianella.



Colombia – Habiendo permanecido cerrada más de seis meses durante la pandemia, la iglesia de Nuestra Señora de Fátima de Tocancipá ha vuelto a realizar Celebraciones Eucarísticas para el público, respetando las normas de distancia y prevención, y a dar asistencia sacramental a los fieles todos los días.



República Dominicana – El 13 de septiembre cooperadores de los Heraldos participaron en las festividades de la patrona en la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores (foto de la izquierda), a instancias del párroco. Y el 3 de octubre se retomó la devoción de los Primeros Sábados en la parroquia universitaria de Santa María de la Anunciación.



São Paulo – Continuando la campaña «Cuarentena, fe y caridad» miembros del Apostolado del Oratorio distribuyeron cestas básicas y víveres en el Rincón de Nuestra Señora de Lourdes, São Paulo (foto de la izquierda), y en la parroquia de San Vicente de Paúl, en el municipio de Francisco Morato (foto de la derecha).



Cariacica – En la solemnidad de Nuestra Señora de la Asunción, veintiocho personas se consagraron a la Santísima Virgen según el método de San Luis María Grignion de Montfort, tras participar en un curso preparatorio de varias semanas. En esta ocasión las clases fueron «online» debido a la cuarentena, pero la Misa fue presencial.



Cuiabá – Dentro de las limitaciones propias, la casa de los Heraldos ha mantenido las actividades pastorales. A la izquierda, ceremonia de consagración de quince personas a la Santísima Virgen como esclavos de amor; a la derecha, el P. Mauricio de Oliveira Sucena, EP, administrando el sacramento del Bautismo.



Fortaleza – El P. Paulo Sergio Martins, EP, ha administrado regularmente la Unción de los Enfermos y el sacramento de la Reconciliación, tanto en residencias particulares (fotos 1 y 2), como en instituciones sanitarias, como el Hospital San Carlos (foto 3).



Mogi das Cruzes – En atención a la invitación del párroco, el P. José Luis de Zayas y Arancibia, EP, presidió la Santa Misa en la catedral de Santa Ana la víspera de la fiesta de la patrona de Brasil. El coro y orquesta del seminario mayor de los Heraldos del Evangelio, dirigido por el P. Hugo Ochipinti, ayudó a solemnizar la ceremonia.



Atibaia – El 11 de octubre Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista, presidió la renovación de los compromisos de la comunidad «Habla Señor» y bendijo el nuevo altar de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, consagrada al cuidado pastoral de esta asociación de derecho diocesano.



Obispos de Canadá y de Estados Unidos denuncian medidas discriminatorias

El 20 de septiembre el ministro de Sanidad y Servicios Sociales de Quebec emitió una orden en la que limitaba la participación en cultos religiosos cerrados a cincuenta personas, en la mayor parte de las regiones de la provincia, y a veinticinco personas en otras áreas, como Montreal y Quebec. Tal medida sería una respuesta a un aumento de casos de Covid-19 en la región.

En un comunicado publicado el 21 de septiembre, Mons. Christian Rodembourg, obispo de Saint-Hyacinthe y presidente de la Asamblea de los Obispos Católicos de Quebec, objetaba la medida alegando que las iglesias deberían ser al menos tratadas como los auditorios, cines y teatros, que pueden recibir hasta doscientas cincuenta personas por se-

sión, dado que «las medidas sanitarias ya implantadas en iglesias y locales de culto van más allá de las exigencias del Gobierno».

También el arzobispo de San Francisco (EE. UU.), Mons. Salvatore J. Cordileone, manifestó su indignación ante el sesgo discriminatorio de las medidas adoptadas por el Ayuntamiento. Mientras grandes comercios pueden funcionar a un 25% de su capacidad, los fieles sólo pueden entrar uno a uno para rezar en la catedral. «Es por nuestra fe católica que se nos pone al final», afirma.



Karagandá tendrá la primera basílica menor de Asia Central

A mediados de septiembre la prensa católica anunció el nombramiento de la iglesia de San José, de Karagandá, Kazajstán, como primera basílica menor del país y de Asia Central.

El templo fue construido en la década de 1970, cuando el país aún formaba parte de la Unión Soviética. Al ser consagrada en junio de 1980, la

iglesia se convirtió en un punto de referencia para la comunidad católica del país. «Durante el comunismo la gente viajaba muchos kilómetros para recibir aquí los sacramentos y apoyo espiritual», explicaba el actual rector de la basílica, el P. Vladimir Dzurenda.

Según el obispo de Karagandá, Mons. Adelio Dell'Oro, el título «es un reconocimiento muy importante para los católicos de Kazajstán». Y añadía: «Es un verdadero santuario: muchos van allí en peregrinación, pues en su interior están las reliquias del sacerdote mártir del comunismo Vladislav Bukovinsky».

China: se recrudece la persecución religiosa

La revista digital Bitter Winter, dedicada a la divulgación de noticias relacionadas con la libertad religiosa y derechos humanos en China, publicó a finales de septiembre otra denuncia más de persecución a los católicos. El relato, cuyo origen es una fuente anónima de la diócesis de Mindong, declara que el Gobierno habría secuestrado a un sacerdote local, el P. Liu Maochun, con el fin de que adhiriera a la Asociación Católica Patriótica China (ACPC).

Afirmaron que el P. Maochun estaba visitando a sus padres en un hospital en la provincia de Guangdong, el 1 de septiembre, cuando fue recibido

GAUDIUM PRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano

gaudiumpress.org



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrate
gratuitamente en

es.gaudiumpress.org

- 30 días con el Papa
- Mundo
- América Latina
- Roma
- Espiritualidad

Continúan las profanaciones de iglesias de Estados Unidos

El 2020 está siendo marcado por una intensa oleada anticristiana en Estados Unidos, caracterizada por actos vandálicos y profanaciones cada vez más frecuentes.

En la parroquia de la Sagrada Familia de Citrus Heights, California, por ejemplo, una imagen de la Virgen fue decapitada y una escultura que representaba los Diez Mandamientos, erigida en honor a las víctimas de abortos, fue profanada el pasado 17 de agosto.

También fueron decapitadas una estatua de Santa Teresa del Niño Jesús, el 13 de septiembre, en una iglesia dedicada a ella en Midvale, de la dió-

cesis de Salt Lake City, y dos días después una imagen del Sagrado Corazón de Jesús perteneciente a la catedral de San Patricio, de la diócesis de El Paso, Texas. Y en este estado americano fue igualmente vandalizado el seminario de la Asunción, el 24 del mismo mes.

Por otra parte, la iglesia de la Encarnación, de Town 'n' Country, Florida, fue invadida el 29 de septiembre. Las cámaras de seguridad muestran

por la Policía y llevado a un lugar no revelado de la ciudad de Fu'an, donde fue sometido a interrogatorios y métodos de tortura. El delator dice también que la prisión del sacerdote ocurrió por considerársele «ideológicamente radical», debido a su posición de asistente del obispo auxiliar de la diócesis, Mons. Guo Xijin, uno de los líderes católicos que rechaza ingresar en la mencionada asociación.

La agencia *Gaudium Press* narra también otros hechos que indican la existencia de una persecución en curso contra los católicos que se niegan a pertenecer a la ACPC. Entre ellos podemos citar lo sucedido con unas monjas de la ciudad de Zhangjiakou, en el distrito de Chongli, que fueron obligadas a dejar la región donde trabajaban desde hace décadas bajo el pretexto de que «no eran del lugar».

«Preferimos ser presas y encarceladas que tener que cumplir esos requisitos», expresó una de las religiosas. «Una vez que los formularios [de

inscripción en la ACPC] fueran llenados, nos convocarían para que asistíramos a clases de entrenamiento en la capital de la provincia, donde seríamos adoctrinadas con la ideología del Partido Comunista Chino, como hacen con los sacerdotes».

Santuario goiano de la Sagrada Familia es elevado a basílica

El santuario de la Sagrada Familia, localizado en la archidiócesis de Goiania, Brasil, ha sido elevado recientemente a la categoría de basílica menor. La ceremonia, realizada el 29 de septiembre, fiesta de los tres arácngeles, fue presidida por el arzobispo metropolitano, Mons. Washington Cruz. El título había sido concedido en febrero de este año, no obstante, se tuvieron que llevar a cabo algunas reformas antes de la elevación propiamente dicha.

Se construyó en 1980 y es el tercer templo de esa archidiócesis que recibe el título de basílica menor, siendo



Imagen del Sagrado Corazón de Jesús que presidía el altar mayor de la catedral de El Paso, tras sufrir un atentado el pasado 14 de septiembre

a un hombre, con máscara y guantes, forzando la puerta del recinto y prendiéndole fuego a algunos bancos, lo que sugiere su intención de incendiar el templo, pero felizmente las llamas no se propagaron.

los otros dos el de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, también en Goiania, y el del Divino Padre Eterno, en Trinidad.

Convento carmelita conmemora en Vietnam 60 años de existencia

El 1 de octubre, fiesta de Santa Teresa del Niño Jesús, las carmelitas del convento de Nha Trang, Vietnam, celebraron sesenta años de la fundación de su monasterio.

Para conmemorar la fecha fue celebrada una Misa, presidida por el obispo diocesano, Mons. Joseph Vo Duc Minh, y concelebrada por treinta y cinco sacerdotes. Casi cuatrocienos fieles participaron en el acto litúrgico. En su homilía, el prelado elogió el servicio prestado por las religiosas a la Iglesia actuando silenciosamente como «pararrayos» de los sufrimientos e infortunios de los demás.

Actualmente, Vietnam posee en total ocho monasterios con docecientas sesenta carmelitas.

Diócesis de El Paso

El que obedece no yerra

Nuestra meta era descubrir lejanas tierras. Debíamos, para ello, valernos de todos los medios. Y si el capitán no estaba a la altura de tan gloriosa misión, no había otro camino que la desobediencia...



Beatriz Frigatto Immezi

«**E**ra el 6 de mayo de 1503. El agua estaba muy fría esa noche. Inesperadamente, en contra de las predicciones meteorológicas, nuestro barco se vio envuelto en una tormenta horrible. Sacudidos por violentas olas, cada uno de nosotros se tuvo que agarrar donde pudo. Mis fuerzas y esperanzas casi se extinguían y de repente sentí que alguien me sujetaba y tiraba hacia sí. ¿Quién sería?...».

Con la mano temblorosa, compungido y vencido por un torbellino

de sentimientos, Alfonso dejó caer su pluma... Se hallaba redactando la crónica de lo que sucedió en la nao «Virgen de la Santa Esperanza», la primera que intentó cruzar uno de los más temidos confines de su siglo: el cabo de las Tormentas.

Tras un profundo suspiro, el curtidio marinero continuó escribiendo:

«¿Quién era esa persona? Una hermosa mujer, de aspecto majestuoso y, al mismo tiempo, acogedor. En aquel momento me había salvado la vida! En cuanto al resto, fuimos

duramente castigados. No quedaron más que destrozos de nuestro barco y algunos hombres que flotaban al cañizo del mar».

Con esas breves líneas, Alfonso procuraba condensar los dolores y desventuras sufridos durante aquel terrible episodio. Pero después de leer lo que había redactado exclamó: «¡Ah! Nadie va a entender lo que acabo de contar. Para que no haya confusión he de narrarlo desde el principio». Y, cogiendo una nueva hoja, reinició su relato:

«Todo empezó cuando el timonel Guimarães, disgustado con las órdenes del comandante del navío, propuso que navegáramos en otra dirección. Ese capitán... ¡venga ya! ¡Ni sabe lo que manda! De esa manera nunca lograremos atravesar el cabo de las Tormentas. Entonces varios marineros experimentados y yo nos pusimos a debatir sobre cuál sería la mejor ruta.

«Al vernos reunidos alrededor de un mapa, con lápiz, regla y compás en mano, el capitán nos dijo: "Si os rebeláis contra mis órdenes, podéis dar al barco por perdido". Pero no le hicimos caso, porque nuestra meta era descubrir tierras lejanas. Para ello teníamos que valernos de todos los medios al alcance y si el comandante no estaba a la altura de tan glo-



Ilustraciones: Elizabeth Bonyun

«¿Quién era esa persona? Una hermosa mujer, de aspecto majestuoso y, al mismo tiempo, acogedor...»

riosa misión, no había más remedio que la desobediencia.

«Alteramos el rumbo de acuerdo con los cálculos que habíamos hecho, aunque en lugar de acercarnos a nuestro destino, éste parecía estar cada vez más lejos... Al anochecer, el mar cambió de aspecto. Terribles olas golpeaban el casco a cada segundo y nuestros hombres ya no tenían fuerzas para poner en marcha las bombas. El barco amenazaba con inundarse.

«Sintiendo la gravedad del peligro, muchos fueron a confesarse con el capellán, mientras que otros —tal vez demasiado ocupados con sus quehaceres— se obstinaban en olvidarse de Dios incluso en ese momento postrero.

«No veíamos balas de cañones ni sentíamos el olor de la pólvora, pero algo mucho más destructivo que la presencia de un enemigo externo hacía estragos entre nosotros: la desunión. Cuando partimos de Lisboa nos sentíamos un grupo de grandes héroes, unidos en el deseo de conquistar nuevas tierras para María y clavar en ellas la cruz de Cristo. Pero ya no nos acordábamos de eso... Cada cual quería imponer su opinión sobre los otros y eso nos desviaba aún más de la anhelada meta.

«A medianoche el mástil se cayó y nuestra embarcación, tan bella y hermosa, empezó a deshacerse paulatinamente. Al mirar a mi alrededor, vi al capitán apoyado en la baranda del puesto de mando, con los ojos bañados en lágrimas. En ese momento, me sentí apenado interiormente. Todo lo que estaba ocurriendo era un castigo por nuestra culpa. Nuestra revuelta había generado la desunión y, en consecuencia, el naufragio del barco...

«Unos pocos lograron subirse a los pequeños botes salvavidas. De los que cayeron al agua, los más ágiles se agarraron a pedazos de palos y tablas de madera para conseguir flotar. Otros, como yo, fuimos arrastrados por la fuerza de las olas.



«A cierta altura, ya no podía ver al capitán. Parecía estar tan lejos...»

«A cierta altura, ya no podía ver al capitán. Perdido en la inmensidad azul que me envolvía, sentía que era mi deber pedirle perdón. Sabía que Dios moraba en el corazón de aquel hombre, pues su mirada —en los días que navegábamos— brillaba como un cielo estrellado, guiándonos a través de las olas, de los peligros e incertidumbres.

«Pero ahora parecía estar tan lejos. No sólo mi capitán, sino también el perdón de Dios. Interiormente, pedí un milagro. Me faltaba el aliento y estaba a punto de ahogarme en ese mar embravecido... Mis esperanzas casi se extinguieron.

«De pronto, una mano me agarró y me tiró hacia sí. Poco a poco pude distinguir la fisonomía de mi bienhechora: era más bella que la luna y más rutilante que el sol. ¡Pobres li-rios comparados con su hermosura y pureza! ¡Pobres estrellas delante de su mirada!».

Alfonso dejó caer nuevamente la pluma y empezó a llorar copiosamente. Después de unos momentos de meditación exclamó, mirando una imagen de la Virgen que lo había salvado:

—Ahora sí comprendo, Madre mía, la razón para escribir estas líneas. Habrá, ciertamente, otras muchas almas que pasarán por sufrimientos como el mío. A ellas le debo

enseñar que, en los momentos de peligro e incertidumbre, nunca se debe apartar la mirada de los ojos del capitán, so pena de que surjan peleas, desunión, malentendidos...

A continuación, Alfonso retomó la pluma, la sumergió en la tinta y continuó escribiendo:

«Cuando desperté, me encontraba en Portugal nuevamente. Entonces la hermosa Señora, poniendo su suavísima mano en mi frente, me dijo: “No temas, Alfonso, pequeño aún en el camino de la cruz, soy la Madre de la Esperanza. Tu pedido de perdón subió hasta el trono del Altísimo y Él se compadeció de ti. Fui a salvarte de la ira de las aguas que estaban a punto de devorarte. Sabe que nada deben temer aque-llos que luchan por Dios, pues Él los protegerá con su diestra”.

«No vi nunca más a esa Señora de Luz... Pero una certeza conservo en mi alma hasta hoy: en la hora de los peligros más graves, nunca debe desesperar quien hace una sincera petición de perdón. Nuestras desobedientias, miserias y pecados, e incluso nuestras infidelidades al amor de Dios no deben debilitarnos. Confie-mos siempre en María Santísima, bella y poderosísima Señora, porque es capaz de salvarnos en medio de las peores tempestades». ✡

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Solemnidad de Todos los Santos.

San Audomaro, obispo (†c. 670). Discípulo de San Eustasio, abad de Luxeuil, renovó la fe cristiana en la región de Thérouanne, Francia.

2. Conmemoración de todos los fieles difuntos.

San Victorino, obispo y mártir (†c. 303). Gobernó la diócesis de Ptuj, en la actual Eslovenia. Publicó numerosos escritos exegéticos y fue martirizado en la persecución de Diocleciano.

3. San Martín de Porres, religioso (†1639 Lima - Perú).

Santa Silvia (†s. VII). Madre del Papa San Gregorio Magno, que, según el propio pontífice, alcanzó el más alto grado de oración y penitencia.

4. San Carlos Borromeo, obispo (†1584 Milán - Italia).

San Félix de Valois (†s. XIII). Príncipe de la casa real francesa, renunció al mundo y auxilió a San Juan de la Mata en la fundación de la Orden de la Santísima Trinidad.

5. Santa Ángela de la Cruz, virgen y fundadora (†1932 Sevilla - España).

Beato Gregorio Lakota, obispo y mártir (†1950). A causa de su fe, fue llevado al campo de concentración de Abez, Siberia, donde soportó los más atroces tormentos corporales hasta morir.

6. Santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, presbíteros, y compañeros, mártires (†1934-1936 España).

Beato Tomás de San Agustín Kintsuba Jihyoe, presbítero y mártir (†1637). Valiéndose de distintos disfraces, dio



San Martín de Tours comparte su capa con un mendigo - Catedral de la Santísima Trinidad, Buenos Aires

asistencia religiosa durante seis años a los cristianos encarcelados en Japón. Finalmente, descubierto, fue ejecutado tras varios meses de terribles torturas.

7. San Lázaro, estilita (†1054).

Vivió durante muchos años sobre una columna, cargado de cadenas de hierro y alimentándose solamente de pan y agua.

8. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Claro, presbítero (†c. 396). Discípulo de San Martín de Tours, ejerció con prudencia y discernimiento de los espíritus el cargo de formador de los monjes de Marmoutier, Francia.

9. Dedicación de la Basílica de Letrán.

Beata Carmen del Niño Jesús (†1899). Viuda y fundadora de la congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas de los Sagrados Corazones.

10. San León Magno, Papa y doctor de la Iglesia (†461 Roma).

Santos Narsés, obispo, y **José**, mártires (†343). Por no querer adorar al sol como les mandaba el rey Sapor II, fueron degollados en Persia.

11. San Martín de Tours, obispo (†397 Candes-Saint-Martin - Francia).

Beata Vicenta María Polini, virgen (†1855). Junto con el Beato Carlos Steeb fundó el Instituto de las Hermanas de la Misericordia de Verona, Italia.

12. San Josafat, obispo y mártir (†1623 Witebsk - Bielorrusia).

San Nilo de Ancira, abad (†c. 430). Discípulo de San Juan Crisóstomo, difundió en sus escritos la doctrina ascética. Murió en las proximidades de la actual Ankara, Turquía.

13. San Leandro, obispo (†c. 600 Sevilla - España).

Santa Agustina Pietrantoni, virgen (†1894). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Caridad, dedicada al cuidado de los tuberculosis en el hospital del Espíritu Santo, Roma, donde murió apuñalada por un enfermo enfurecido.

14. San Hipacio, obispo y mártir (†s. IV)

En Granges, en la actual Turquía, fue lapidado por herejes novacianos.

15. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

NOVIEMBRE

San Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia (†1280 Colonia - Alemania).

Beato Cayo Coreano, mártir (†1624). Por confesar su fe en Cristo fue condenado a la hoguera en Nagasaki, Japón.

16. Santa Margarita de Escocia, reina (†1093 Edimburgo - Escocia).

Santa Gertrudis, virgen (†1302 Helfta - Alemania).

San Otmar, abad (†759). Fundó en Suiza un pequeño hospital para leprosos y un cenobio bajo la Regla benedictina. Intrigas de vecinos poderosos hicieron que fuera deportado a una isla del Rin, donde murió exiliado.

17. Santa Isabel de Hungría, religiosa (†1231 Marburgo - Alemania).

Beato Lope Sebastián Hunot, presbítero y mártir (†1794). Fue encarcelado en el barco-prisión del puerto de Rochefort, donde, después de muchos sufrimientos, completó su martirio.

18. Dedicación de las Basílicas de los santos Pedro y Pablo.

Beata Carolina Kozka, virgen y mártir (†1914). Por defender su castidad amenazada por un soldado fue atravesada por una espada en Wal-Ruda, Polonia y murió siendo aún adolescente.

19. San Abdías, profeta. Despues del exilio del pueblo de Israel, anunció la ira del Señor contra las naciones enemigas.

20. Beata María Fortunata Viti, virgen (†1922). Religiosa del convento benedictino de Veroli, Italia, donde llevó más de setenta años de vida recogida, ejerciendo humildes oficios.

21. Presentación de la Santísima Virgen María.



Santa Margarita, reina de Escocia
Basilica de San Patricio,
Montreal (Canadá)

San Rufo, a quien San Pablo, en su Epístola a los romanos, llama «elegido del Señor».

22. Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo.

Santa Cecilia, virgen y mártir (†s. inc. Roma).

San Pedro Esqueda Ramírez, presbítero y mártir (†1927). Preso y fusilado en Teocaltitlán, durante la persecución mexicana.

23. San Clemente I, Papa y mártir (†s. I Crimea).

San Columbano, abad (†615 Bobbio - Italia).

San Anfiloquio, obispo (†antes de 403). Ejerció su ministerio en Iconio, Asia Menor, donde libró muchas batallas en favor de la fe.

24. Santos Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires (†1625-1886 Vietnam).

Beata María Ana Sala, virgen (†1891). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de Santa Marcelina, de Milán, Italia, donde se dedicó totalmente a la educación de las jóvenes.

25. Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir (†s. inc. Egipto).

San Maurino, mártir (†s. VI). Despiadadamente destrozado por los paganos cuando evangelizaba a la gente del campo en Agen, Francia.

26. San Silvestre Gozzolini, abad (†1267). Tras haberse retirado como ermitaño, fundó el monasterio de Montefano, Italia, dando origen a la Congregación Benedictina Silvestrina.

27. Nuestra Señora de las Gracias o de la Medalla Milagrosa.

Beato Bernardino de Fossa, presbítero (†1503). Religioso franciscano que propagó la fe católica en muchas regiones de Italia. Fue superior provincial en Abruzos, Dalmacia y Bosnia.

28. Santa Teodora, abadesa (†980).

Discípula de San Nilo el Joven, maestra de la vida monástica, fallecida cerca de Rossano, Italia.

29. I Domingo de Adviento.

San Filomeno, mártir (†s. III). Según la tradición, fue arrojado al fuego en Ancira, Turquía, durante la persecución de Aureliano.

30. San Andrés, apóstol.

San Tadeo Liu Ruiting, presbítero y mártir (†1823). Tras soportar suplicios y más de dos años de cárcel, murió estrangulado en Quxian, China.

La corona de la Virgen noble

¿Cuál es el sentido de los adornos que lleva la doncella para agradar a su esposo y rey? Tales pormenores no lo encontramos en la Sagrada Escritura sino en un bello himno gregoriano medieval.

José Andrés Asencio Díaz



«**F**scucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna; prendado está el rey de tu belleza: póstrate ante él, que él es tu señor. [...] Ya entra la princesa, bellísima, vestida de perlas y brocado; la llevan ante el rey» (Sal 44, 11-12.14-15). Y encantado con su belleza, él le dice: «Quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones, y los pueblos te alabarán por los siglos de los siglos» (Sal 44, 18).

El salmista narra aquí una escena festiva: el desposorio entre un rey misterioso, agraciado, elocuente, defensor de



la justicia y amante de la verdad y una hermosa princesa. Salones nobles y cánticos alegres, perfumes y vestidos suntuosos, un séquito de vírgenes y regalos de monarcas...



Este salmo destaca la figura de la «bellísima princesa» que, con paso lento, entra en el palacio real. Dándose en perenne matrimonio al rey, se convierte en madre de una numerosa prole y recibe, a través de ese vínculo, una herencia regia.

El alma piadosa asociará sin dificultad esa graciosa reina a la noble Virgen, llamada a unirse con el Sumo Rey. No obstante, pocos habrán prestado atención en su ropa de «perlas y brocado» de la que nos habla el salmista y que, como todo en María Santísima, posee una explicación sobrenatural.

¿Cuál es el sentido de los adornos que lleva la doncella para agradar al rey? En este salmo no encontramos tales pormenores... Sin embargo, un anónimo autor medieval —muy probablemente un monje iluminado por inspiraciones angelicas— fue capaz de desvelar algo de ese misterio.

Lo hizo componiendo un himno en honor de la Reina de la Creación, el *Ave Virgo nobilis*,¹ en el cual le ofrece una corona engastada con piedras preciosas, simbolizando las sublimes virtudes con las cuales Dios adornó su alma.

En ese canto gregoriano vemos resplandecer, por ejemplo, la soberbia hermosura del topacio, piedra que representa la visión que Nuestra Señora tiene de Dios, reconociéndolo y amándolo en todo y en todos, hasta el punto de arder intensamente de amor a Él.

También encontramos la legendaria belleza de la esmeralda, que por sus límpidos y verdeados reflejos bien puede designar la excelsa pureza y gracia de los actos de virtud de María Santísima.

Vinculada al don del equilibrio, por auxiliar a los hombres a salir de horribles vicios, está la tan conocida amatista. Al ser la más valiosa entre los cuarzos por sus diversos tonos de púrpura o violeta simboliza en esa corona el amor y la predilección que Dios tiene por la Virgen, la más perfecta de sus criaturas.

¡Cómo no contemplar la más llamativa variante del corindón: el rubí!

En los tiempos antiguos se pensaba que esta gema era la «sangre de la tierra» y por eso lo asociaban al sufrimiento y al amor, pues esta

cualidad lleva al individuo a ofrecerse en holocausto en función del objeto amado. Pero él se encuentra en esta diadema como representación del renombre de la Virgen, que, cual luz que «disipa las tinieblas de la noche», se extiende por todo el mundo.

Finalmente, nos topamos con el fulgor seductor del diamante... Reyes y nobles incluían esta preciosa gema, otra procedente exclusivamente de la India, entre sus riquezas.

El hecho de ser la única gema compuesta por tan sólo un elemento químico, el carbono, hace de ella el material más duro de accidente natural que se conoce. El diamante debe su belleza a la propiedad de alta refracción y dispersión de la luz. Y, como adorno de esta mariana corona, posee una valiosa simbología: Nuestra Señora, más fulgurante que el sol, establece una inquebrantable alianza con cada uno de sus hijos, resistente a cualquier golpe y adversidad.

Y al final de la contemplación de tan magníficos simbolismos, impelido por el amor a esta noble Reina, el humilde monje se une a los ángeles y santos del Cielo y a toda la Creación para exclamar lleno de admiración: «Digna os, oh Esposa gloriosa, aceptar clemente esta humilde corona de joyas, que hoy os ofrecemos. Amén». ♦

¹ COMISIÓN DE ESTUDIOS DE CANTO GREGORIANO DE LOS HERALDOS DEL EVANGELIO. *Liber Cantus*. São Paulo: Salesiana, 2011, pp. 134-140.



Padre, guía y protector de la Virgen

Entre las innumerables gracias que el Padre le concedió a su Hija amada en el período en el que Ella pasó en el Templo destaca la convivencia con Simeón. En virtud de la vigorosa consonancia que pronto sintió con la rectitud y la fe de ese sacerdote profeta, la pequeña hizo el firme propósito de no perder nunca una sola ocasión de aproximarse

a él. Así pues, numerosas y largas fueron las conversaciones que tuvieron en el transcurso de los años, en las que Simeón se reveló un verdadero padre y guía espiritual, al protegerla de las tramas y los ardides de los malos sacerdotes que intentaban perderla.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP